



UNIVERSITAT
POLITÈCNICA
DE VALÈNCIA



FACULTAT DE BELLES
ARTS DE SANT CARLES

UNIVERSITAT POLITÈCNICA DE VALÈNCIA

Facultad de Bellas Artes

Una Valencia de luces y sombras a través del arte.
Estudio de la planificación espacial como herramienta de
manipulación social.

Trabajo Fin de Máster

Máster Universitario en Producción Artística

AUTOR/A: Nora Rubio, Julio César

Tutor/a: Santiago Martín de Madrid, María Paula

CURSO ACADÉMICO: 2023/2024

**Una Valencia de luces y sombras a través del arte.
Estudio de la planificación espacial como herramienta de
manipulación social.**

Ya no existe la vida,
solo hay gente en la calle
que camina deprisa
ya no habla con nadie,
con nadie.

Platero y Tú.

Resumen: Se pretende abordar la problemática de la planificación urbana, descartando cualquier atisbo de inocencia o libertad en su crecimiento, pues todos los cambios espaciales responden a unos intereses muy determinados que, emanando de un reducido grupo de poder, al que benefician, afecta y perjudica, en cambio, a los círculos más desfavorecidos de la sociedad. Se tratarán prácticas como la gentrificación, la ghettoización (voluntaria y forzada), la videovigilancia, etc, que nos darán las claves para entender hasta qué punto el espacio que habitamos nos somete a una manipulación tan feroz como constante. Para ello, recurriremos al estudio de la ciudad de Valencia como caso particular.

Palabras clave: manipulación; ordenación espacial; miedo; segregación urbana; Valencia; arte; ciudad.

Abstract: The aim is to address the problem of urban planning, discarding any hint of innocence or freedom in its growth, since all spatial changes respond to very specific interests that, emanating from a small group of power, which benefit, affect and harm, instead, to the most disadvantaged circles of society. Practices such as gentrification, ghettoization (voluntary and forced), video surveillance, etc. will be discussed, and they will give us the keys to understand to what extent the space we inhabit subjects us to such fierce and constant manipulation. To do this, we will resort to the study of the city of Valencia as a particular case.

Keywords: manipulation; spatial planning; fear; urban segregation; Valencia; art; city.

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN.....	5
2. METODOLOGÍA.....	6
3. OBJETIVOS.....	7
4. UNA MIRADA HACIA LA CIUDAD: BREVE REVISIÓN HISTÓRICA.....	8
4.1. Desde la ciudad moderna y el modelo panóptico hasta sus superaciones y derivaciones en el ámbito urbano.....	9
4.1.1. Foucault.....	10
4.1.2. Lefebvre.....	12
4.1.3. Deleuze.....	14
5. MECANISMOS PARA INCENTIVAR LA MANIPULACIÓN EN EL ESPACIO URBANO.....	16
5.1. El miedo.....	16
5.1.1. El miedo a los otros.....	17
5.1.2. El miedo a la pérdida de estatus.....	18
5.2. La obsesión por la seguridad.....	19
6. MEDIDAS DE CONTROL DEL ESPACIO: MOTIVACIONES PARA SU EMPLEO Y CONSECUENCIAS DE SU USO: EL CASO VALENCIANO COMO OBJETO DE ESTUDIO.....	21
6.1. Gentrificación: el ejemplo de Russafa.....	22
6.1.1. Proceso y consecuencias.....	22
6.1.2. La visión del arte.....	25
6.2. Fluctuación social y espacial del centro urbano: los barrios del Mercat y El Carme y la problemática del abandono y la turistificación.....	27
6.2.1. Proceso y consecuencias.....	27
6.2.2. La visión del arte.....	32
6.3. El paraíso vanguardista de la Ciudad de las Artes y las Ciencias: solo para unos pocos.....	35
6.3.1. Proceso y consecuencias.....	36
6.3.2. La visión del arte.....	39
6.4. La guetificación como paradigma de la fragmentación urbana.....	41
6.4.1. Voluntaria: El caso de las urbanizaciones de lujo.....	42
6.4.2. Forzosa: El barrio marginado de Nazaret y la pedanía de La Punta.....	44
6.4.3. La visión del arte.....	51
6.5. El Cabanyal: un vecindario acosado por la destrucción y el lucro.....	58
6.5.1. Proceso y consecuencias.....	59
6.5.2. La visión del arte.....	62
7. CONCLUSIONES.....	66
8. BIBLIOGRAFÍA.....	69
9. ÍNDICE DE IMÁGENES.....	74

1. INTRODUCCIÓN.

El presente Trabajo Final de Máster nace desde la intención de comprender con cierta profundidad el entorno que habitamos, persiguiendo una ruptura con la concepción de que su configuración es neutra y no obedece a patrones o intereses concretos más allá de su formación histórica.

Partiendo de esa premisa, y retomando además otros intereses anteriores centrados en las dinámicas de dominación, expansión y manipulación del poder sobre el común de la sociedad, el enfoque de este estudio encontró en la ordenación espacial de la urbe valenciana la columna vertebral de la investigación.

Esta vía de análisis, además de ceñirse a un modelo urbanístico tan concreto y polémico como prolífico en sus derivadas problemáticas, nos ha permitido profundizar en los diversos enfoques sociales y sus reivindicaciones —pasadas y presentes— en pos de una ciudad más democrática, libre y sostenible. Precisamente estas premisas nos han servido, de igual y transversal manera, para descubrir que nuestro modo de mirar la ciudad contemporánea debe ser más amplio, pero también deben serlo las exigencias que, como ciudadanos, nos corresponde plantear a los dirigentes de esta.

En la misma dirección, la recurrencia a las diversas expresiones artísticas que han actuado como vehículo de cohesión, elemento de protesta, o herramienta de apoyo en las distintas realidades que configuran el paisaje urbano de Valencia nos muestran la indisoluble unión que existe entre el arte, la realidad y la propia ciudad. Por todo ello, resulta indispensable para este estudio acercarse de forma crítica a estas formas de manifestación cultural.

En consecuencia, consideramos que el mayor interés de la investigación reside en su estricta contemporaneidad. Con esto no solo nos referimos a que las consecuencias de procesos anteriores o los proyectos vigentes tengan una repercusión actual. Lo que queremos realmente señalar es que la ciudad siempre requiere mejoras de toda índole —social, cultural, ecológica, etc—, y es precisamente desde la conciencia en tales necesidades y también desde el tiempo presente desde donde esas transformaciones pueden operarse.

2. METODOLOGÍA.

Este estudio pretende adentrarse en la problemática de la ordenación espacial urbana desde una mirada de manipulación y control por parte de las esferas de poder. Buscaremos desmentir de forma rotunda cualquier atisbo de neutralidad o libertad en la planificación de la ciudad y la distribución en ella de los distintos grupos sociales que la habitan.

A este respecto, recurriremos al estudio concreto de la ciudad de Valencia para abordar procesos y mecanismos como el de gentrificación, guetificación (forzada y voluntaria) o videovigilancia para demostrar la potente desigualdad que subyace bajo cada uno de estos procesos que, en todo momento, emanan de una perspectiva social, económica y jerárquica muy concreta para favorecer a un sector muy determinado de la ciudad en detrimento, por tanto, de otros grupos humanos.

Para la correcta investigación que nos proponemos, será indispensable acercarnos con anterioridad al concepto de la ciudad posmoderna y a los grandes problemas que vertebran no solo a su sociedad, sino también su espacio. Hablamos, por tanto, del miedo, de la derivada necesidad de una seguridad permanente que conduce a la población a implorar un mayor control sobre ellos mismos, una mayor vigilancia y exposición.

De este modo, este análisis hermenéutico, edificado a partir de las ideas de autores como Lefebvre, Foucault, o Deleuze, tratará de poner en evidencia la vulnerabilidad real a la que estamos sometidos los ciudadanos, que no se debe tanto al peligro externo o físico, como a la manipulación a la que se nos somete a través de la configuración del espacio que habitamos.

Los estudios teóricos de Josepa Cucó Giner, Beatriz Santamarina, Blanca Ferrandís, Albert Moncusí Ferré o Pedro García Pilán, por destacar varios, nos serán de enorme utilidad para trazar el esqueleto de nuestro estudio. De igual manera, prácticas artísticas como las de Anaïs Florín, Escif o Rogelio López Cuenca, entre otras, servirán para ilustrar el sentir común al respecto de las estrategias de ordenación urbana llevadas a cabo durante años en los distintos barrios de la ciudad de Valencia.

3. OBJETIVOS.

Analizar y comprender los mecanismos empleados en la organización del espacio urbano, entendida ésta como una de las más eficaces herramientas de las que disponen las estructuras de poder para la dominación de la sociedad en su conjunto, y el control de grupos humanos determinados.

- Objetivos complementarios:

a. Hacer consciente al lector de que la ciudad contemporánea o posmoderna no es neutra, ni tampoco libre, sino que su constitución obedece a unos patrones de control que, evidentemente favorecen a un grupo social muy determinado en detrimento de otros que, por el contrario, se ven perjudicados por ello.

b. Abordar mecanismos tales como el fomento del miedo y la sensación de inseguridad y peligro como vehículos que conducen a la sociedad a la aceptación, e incluso petición de una ordenación espacial determinada.

c. Estudiar el caso concreto de la ciudad de Valencia para entender de forma más cercana y certera las medidas de control del espacio que se han implantado, así como las consecuencias derivadas de ello, que serán también analizadas a través de obras artísticas que expresan, denuncian o evidencian la desigualdad que subyace en todos estos procesos.

d. Poner de relieve las consecuencias negativas que derivan de los procesos que se estudiarán a continuación, no con el fin de evitarlo o escapar de ello en un futuro, ya que responde a unos intereses superiores, pero, al menos sí con la intención de no favorecer el rumbo que la ciudad actual lleva.

4. UNA MIRADA HACIA LA CIUDAD: BREVE REVISIÓN HISTÓRICA.

Ese deseo de movimiento, de avance irrefrenable que está intrínseco en el ser humano constataría en buena parte la estrecha vinculación que tiene éste con el concepto de ciudad. Asentado ya en la historia de los tiempos, pocos binomios cuentan con tal capacidad de ligazón como el que forma el individuo y la urbe. Y es que, la permanente evolución del primero ha desembocado de forma sucesiva en el nacimiento, desarrollo y consolidación de la segunda a lo largo de los siglos.

Sin embargo, la significación de la ciudad parece haber virado su rumbo de forma casi opuesta a la que históricamente había seguido. Para comprenderlo, conviene aproximarse a la idiosincrasia de la urbe tradicional, prácticamente desde sus primeros pasos, para percibir cómo “con el surgimiento de las ciudades sucedió que muchas funciones que hasta entonces habían estado diseminadas y desorganizadas fueron reunidas dentro de una superficie limitada y se mantuvo a las partes integrantes de la ciudad en un estado de tensión dinámica e interacción”. (Munford, 1966, p. 25).

Esta sucinta afirmación alcanzaría a definir —si bien de un modo muy genérico y superficial— el sentido de la urbe desde sus primeros vestigios en la mesopotámica ciudad de Uruk, pasando por la pletórica polis de Atenas, la todopoderosa Roma imperial, la renovada Bagdad o la esplendorosa Constantinopla hasta llegar a la brillante Florencia renacentista o la populosa Pekín de la dinastía Ming. Todos y cada uno de estos núcleos, pese a sus más que evidentes diferencias temporales, culturales y espaciales, mantenían, esencialmente, dos elementos comunes que hacían posible —y lógica— la forma de vida urbana: uno fue la delimitación y acotación del territorio, ya fuera por impedimentos físicos como montañas, ríos o mares, o por barreras artificiales como las murallas; el otro, aún más importante, la interacción. Una interacción entendida como relación, comunicación e intercambio, basada en una convivencia colaborativa entre individuos que terminaban conformando una capa social más o menos homogénea donde imperaba el principio de comunidad y de asociación.

Este principio de interacción —que por supuesto había fluctuado en el tiempo sin ser una variable inmutable— empezó a resquebrajarse de forma evidente con la revolución industrial, en el tránsito del siglo XVIII al XIX. Sometidos a un proceso de

transformación de potencias, repercusiones y ritmos absolutamente desproporcionados e inasumibles, la sociedad global se vio por completo sobrepasada por los mecanismos de un sistema, el capitalista, que empezaba a regir el mundo al desfasado estilo de los absolutistas, a convertirse en un látigo feroz y asfixiante, en un disparador de desigualdad y, sobre todo, de desunión e individualidad.

Cierto es que las distintas sociedades ya se habían asomado con anterioridad a otros precipicios que pusieron en jaque sus formas de vida. Imperios derribados, civilizaciones masacradas y colonizadas, guerras y revoluciones internas... Con cada uno de estos acontecimientos el sentimiento de comunidad se tambaleó y se vio obligado a rehacerse sobre nuevos principios y viejos enemigos. Pero con la venida —que hoy bien podría catalogarse como apocalíptica— de la industrialización, el abismo que se abrió resultó imposible de salvar. La sociedad inició entonces un camino de escisión forzada en el que el principio humano del movimiento imparable, en esta ocasión, iba a jugarle una muy mala pasada.

4.1. Desde la ciudad moderna y el modelo panóptico hasta sus superaciones y derivaciones en el ámbito urbano.

“¿Desaparecerá la ciudad o el planeta entero se convertirá en una vasta colmena humana?”. Esta irónica duda que Mumford (1966, p. 5) planteaba en la segunda mitad del siglo XX parece hoy más cercana a la historia de la urbe moderna de épocas pasadas que a la realidad hiperglobalizada de nuestros tiempos. Precisamente a tenor de ello, hemos de buscar las razones de estas nuevas formas de (no) vida, las cuales, como ya adelantamos, aparecieron a raíz de la fiebre de la máquina y la tecnología en los albores de la Edad Moderna.

Desde Occidente, especialmente desde Gran Bretaña y unos incipientes Estados Unidos que prefiguraban ya su hegemonía venidera, el capitalismo destiñó el globo con toda una serie de mecanismos que no hacían sino actualizar la vetusta división entre poderosos y sometidos de un modo mucho más certero e indetectable. No obstante, este cambio de paradigma pasaba por transformar la sociedad en una suma de individuos dóciles cuyas voluntades resultarían fáciles de moldear. Y el mejor modo de hacerlo era a través del espacio, por ende de la ciudad.

Así, encontramos en el pensamiento de Michel Foucault la vía más óptima para evidenciar la metamorfosis producida en la sociedad moderna y sin la cual sería imposible concebir el planteamiento de la ciudad actual.

4.1.1. Foucault.

“Lo que hace que el poder se sostenga, que sea aceptado, es sencillamente que no pesa sólo como potencia que dice no, sino que cala de hecho, produce cosas, induce placer, forma saber, produce discursos...” (Foucault, 1981, p. 137). Estas palabras bien vendrían a condensar el pensamiento que el autor desplegaría dos años después en su celeberrima obra *Vigilar y castigar*.

En ella, Foucault presenta esa sociedad disciplinaria que, desde su incipiente desarrollo en las postrimerías del siglo XVIII, reemplazó a otras formas de organización y producción como la sociedad del castigo propia del Antiguo Régimen, de la cual se sirve continuamente para mantener una comparación continua que refleje de forma más evidente los cambios experimentados entre una y otra.

Si bien es cierto que el análisis de Foucault comprende un mayor número de parámetros, aquí se comentarán los dos aspectos que mayor vinculación mantienen con nuestro objeto de estudio: el espacio y la visibilidad. En ambas, como decíamos, la recurrencia a la historia como herramienta auxiliar de explicación resulta fundamental para el correcto entendimiento.

Así, el espacio disciplinario o de encierro—materializado en el hospital, la escuela, la prisión y la fábrica— resultaría de la convergencia entre dos modelos de organización previa: el de la lepra medieval, consistente en excluir y alejar al individuo enfermo, y el de la peste moderna, donde, por el contrario, mediante una parcelación del espacio, que quedaba controlado e inmóvil, se pretendía la integración de la enfermedad en la ciudad, facilitando sobremanera el perfecto ejercicio del poder. De este modo, la sociedad disciplinaria durante el siglo XIX buscaría mantener la división binaria medieval entre el individuo normal y el a-normal, concitándola a su vez con la distribución moderna de un espacio recortado y controlado, donde cada movimiento y cada acción quedan registrados

(Castro Orellana, 2009, pp. 167-168). De ahí, una vez más, se deduce el valor de la arquitectura a la hora de someter a los individuos a un orden poderosamente premeditado.

La visibilidad es, por otra parte, el elemento más definitorio que se le atribuye a la sociedad disciplinaria. Y es que, supo comprender Foucault que aquel modelo panóptico que Bentham había diseñado para la prisión era funcionalmente extensible a cualquier otro espacio o edificio, que de inmediato quedaba transformado en un dispositivo de visibilidad (Castro Orellana, 2009, p. 168). Para ello, era indispensable tornar desigual la capacidad visual, es decir, disociar por completo la relación del ver y ser visto (Foucault, 1983, p. 205). Solo así, el individuo quedaría sometido a un poder visible pero inverificable, que permite que “la vigilancia sea permanente en sus efectos, incluso si es discontinua en su acción” (Foucault, 1983, p. 204). Para ello, recuerda además que es indispensable que la masa colectiva se disuelva, se anule en favor de una suma de individualidades que facilite la aplicación de todos estos mecanismos.

En definitiva, este modelo que desde la teoría propuso Michel Foucault no es en absoluto ajeno a la realidad de nuestros días. Precisamente la ciudad posmoderna se ha servido de todos estos engranajes para configurar un espacio presidido por la visibilidad, tecnológica arquitectónica y humana, y la segmentación o compartimentación en secciones tan invisibles como efectivas. De igual manera, y quizá por consecuencia de todo lo anterior, el ámbito de lo social también ha sufrido sus repercusiones, y es que llevamos tiempo asistiendo a la disolución —por no decir desaparición— de la colectividad en favor de múltiples particularidades que restan todo el sentido al tradicional sentimiento de comunidad de la vida urbana.

No obstante, los ingredientes que conforman la ingente amalgama que es la ciudad actual son tan diversos en su origen como precisos en su ordenación y funcionamiento conjunto. A razón de esto, las distintas definiciones de la urbe son cada vez más amplias y variadas, porque así son también las distintas formas de vida que en ella se dan cabida. Así uno de los conceptos más conocidos, por referirlo como ejemplo, sería el de la *ciudad dispersa* o *ciudad difusa*, caracterizada por un espacio urbano de baja densidad pero imparable extensión que apareció al albor de la reducción de los costes de transportes, de mejoras en infraestructuras viarias y el crecimiento de nuevas tecnologías —entre otras causas— y que tiene como consecuencias el aumento de las distancias y los tiempos de

desplazamiento, así como de la polución a causa de la congestión del tráfico —motivada por una mayor dependencia del vehículo privado—, pero también mayores motivos para la segregación social dentro de la urbe (Gielen, 2015).

Otra forma certera de definir las nuevas formas de urbanidad a las que estamos sometidos fue aquella que Rem Koolhaas denominó *ciudad genérica*. Extensible a la gran mayoría de urbes del globo, se caracteriza este fenómeno por una vertiginosa —y buscada— pérdida de identidad propia y de elementos de diferenciación entre los territorios, donde “la homogeneización es un proceso intencionado (...) hacia la similitud” (Koolhaas, 2006, p. 91). Aspectos hoy habituales como la minusvaloración de los centros históricos, la simplificación deliberada de aquellos aspectos característicos de un lugar o la muerte de la calle, del espacio público, dan la razón a Koolhaas, pero también a otros pensadores anteriores cuyo pensamiento se va a abordar en las próximas líneas.

4.1.2. Lefebvre.

En el preámbulo de los años setenta, mientras España experimentaba un crecimiento sin precedentes fruto de la alianza entre el sector turístico e inmobiliario, aún bajo la dictadura franquista, Henri Lefebvre, desde Francia, anticipaba, de forma cuasi profética, los males que en un futuro inmediato aquejarían a la sociedad posmoderna. De ahí que *El derecho a la ciudad* no sea tanto una revisión del pasado como una descripción certera de nuestro presente.

Efectivamente, dos de las claves propuestas por el autor son las que más interés revierten en nuestro propósito: la primera nace de la crítica que dirige contra la imperante ideología del cambio y la modernidad —aún regidoras de nuestra existencia—, a las cuales culpa del debilitamiento de las relaciones sociales para terminar afirmando que nada tiene sentido si el crecimiento industrial y económico se antepone a la vida social (Lefebvre, 1979, p. 165). La segunda, por su parte, nos conduce de lleno hacia el propósito de nuestro estudio, el espacio. Y es que, según Lefebvre (1979, p. 124), “las necesidades urbanas específicas consistirán seguramente en necesidades de lugares cualificados, lugares de simultaneidad y encuentros”. Con esto, subraya el autor la urgencia urbana de contar con un espacio verdaderamente público, que actúe como herramienta de cohesión en lugar de

fomentar la exclusión, la segregación y la diferenciación entre los diversos agentes sociales.

Sin embargo, el eje central de su pensamiento bien podría situarse en torno a la clase obrera. Partiendo de una raíz ciertamente marxista, Lefebvre insiste en destacar la importancia del viejo proletariado como la única fuerza válida para hacer girar la rueda y alcanzar el cambio indispensable que requiere la ciudad, y que pasa, indispensablemente, por recuperar el espacio público como terreno social y comunitario, para aproximarse así a su ciudad ideal; aquella que es incompleta, que se renueva día a día para adecuarse a una sociedad también cambiante (Palero, 2016). A fin de cuentas, la clase obrera ha sido la mayor y más recurrente víctima del viraje de la ciudad tradicional a la moderna. Así lo evidencian la cotidianidad organizada y el consumo dirigido al que han sido sometidos de forma constante, pero también, y aún con más claridad, la expulsión que los ha forzado históricamente a abandonar los centros urbanos que se pretendían revitalizar para habitar las periferias y suburbios, expropiándoles el mejor resultado de su propia actividad: la ciudad (Lefebvre, 1979, pp. 166-167).

Es igualmente interesante para este estudio subrayar la reprobación que se dirige al urbanismo como práctica enemiga de la urbanidad, a la que se le acusa de recortar ideológicamente la realidad y degradar la calidad en la forma de habitar (Palero, 2016, p. 89). Precisamente, es este urbanismo el que convierte a la ciudad en un frente estratégico donde el reparto del espacio en diferentes estratos conduce a la mencionada destrucción de la actividad social, pero también a la segregación espacial y, por ende, a la desigualdad (Costes, 2011, p. 4). De hecho, bastaría para validar esta teoría con recuperar la opinión de Lefebvre al respecto del casco histórico urbano, el cual “queda solo como objeto de consumo cultural para turistas y para el esteticismo, ávidos de espectáculo y de lo pintoresco” (Lefebvre, 1979, p. 125). Anticipaba así la banalización a la que serían sometidos los centros históricos, al menos en Occidente, y que, hoy en día, se puede constatar en todas las ciudades, desde Nueva York, pasando por Atenas y hasta llegar a la propia Valencia, como posteriormente tendremos ocasión de analizar.

Además, esta banalización ha llegado acompañada de una segregación que ya se mencionó con anterioridad, puesto que estos espacios centrales de las urbe han quedado

configurados, en la inmensa mayoría de los casos, como lugares de privilegio, accesible solamente para las élites de la sociedad.

En definitiva, *El derecho a la ciudad* de Henri Lefebvre nos permite entender que la ciudad es, cada vez con más intensidad, un lugar de privilegio y segregación donde el verdadero motor —económico, histórico y social—, la clase obrera, ha sido despojado de su disfrute y arrojado a los confines periféricos, alimentando la desaparición del espacio público como área de encuentro y de igualdad.

No obstante, la problemática de la transformación urbana no solo atañe a la espacialidad del medio. Más bien es, a través de ella, que los individuos sufren las modulaciones deseadas por parte del poder para responder a sus intereses concretos.

4.1.3. Deleuze.

Estas ideas ya abordadas en páginas previas por Foucault han sido continuadas, ampliadas y revisadas por un amplio abanico de autores, demostrando no solo el interés que revisten las tesis del francés, sino la estricta contemporaneidad que aún abarcan. Hablamos de personalidades como Byung-Chul Han y su *Sociedad del Rendimiento y el Cansancio*, donde los individuos, atrapados en un imperativo social determinado por el rendimiento, se conciben como eternos emprendedores frustrados, deprimidos por culpa de obstáculos que les imposibilita alcanzar el propósito impuesto (Gendler, 2017, p. 68). Otra línea de pensamiento derivada de Foucault sería la de Gilles Deleuze, especialmente la que recoge en su *Posdata sobre las Sociedades de Control*.

Aquí, después de realizar una recopilación del engranaje y funcionamiento de las sociedades disciplinarias de Michel Foucault que le servirán al mismo tiempo para mantener una comparación constante, apuesta por ofrecer una nueva terminología, la de Sociedades de Control, que responde con mayor precisión a los cambios sucedidos en la sociedad desde la crisis generalizada de todos los espacios de encierro (la fábrica, la escuela, el hospital, la familia...) y el consiguiente quiebre del modelo disciplinario, precipitado tras la Segunda Guerra Mundial (Deleuze, 2006, p. 184).

Revierte especial interés la relación que establece entre los mecanismos del modelo que él propone y el de Foucault. Así, Deleuze concibe los desfasados espacios disciplinarios de encierro como moldes fijos y estáticos —e independientes— donde la producción de los cuerpos y las voluntades se lograba tras un proceso discontinuo, de extensa duración, y donde el paso de una institución a otra siempre implicaba un nuevo comienzo. Por el contrario, los espacios de control se conciben como una modulación auto-deforme y continua, al aire libre y necesitada de una duración menor, que, paradójicamente, contribuye a que el proceso no se dé por finalizado en ningún momento (Gendler, 2017). Precisamente, esta modulación constante resulta deseable y hasta elegible por el propio individuo. Para entenderlo, bastaría con recurrir a la evolución que Deleuze presenta como ejemplo: el paso de la fábrica disciplinaria a la empresa, símbolo del control. En la primera, los individuos resultaban una masa uniforme fácil de vigilar y movilizar por parte del patrón (Deleuze, 2006, p. 185), mientras que la segunda, mucho más sofisticada y avanzada, se nutre de la modulación de los salarios en función del rendimiento, imponiendo desafíos y objetivos, desembocando en una competencia y rivalidad entre los individuos que acrecienta ese deseo de capacitarse continuamente, de someterse sumisa y voluntariamente a las nuevas normas de control.

Un control que no debe entenderse como simple rastreo o vigilancia, sino que se erige como pilar decisivo en la producción de voluntades, sobre las cuales se aplica el ejercicio del poder, delimitando pautas, acciones, movimientos, etc. (Gendler, 2017, p. 60).

Por lo tanto, se entiende que el control es, en esencia, delimitación. Es decir, el control, y por ende el poder, se ejerce parcelando, dividiendo, segregando el espacio y los individuos que lo habitan en secciones que faciliten no solo la vigilancia, sino también la previsión de movimientos, así como el acceso completo a todos los datos e información que se desprende de cada individuo con tal objeto de producir los requerimientos necesarios para orientar y conducir cualquier tipo de acciones.

Así, esta modulación continua, que siempre ha existido pero se ha domesticado y refinado en la actualidad gracias a los inmensos estímulos de información, los estratos del poder han justificado, regulado y legitimado ese proceso de parcelación y acotación de los espacios mediante mecanismos tales como la exclusión y el miedo (Gendler, 2017, p. 66), aspecto, este último, al que le dedicaremos una atención especial a continuación.

5. MECANISMOS PARA INCENTIVAR LA MANIPULACIÓN EN EL ESPACIO URBANO.

Antes de adentrarnos plenamente en el objeto de estudio, que reside en la capital del Turia, conviene acercarnos brevemente al entramado psicológico que alimenta y propulsa todo este proceso, dado que sería tan absurdo como ineficaz reducir cualquier explicación sobre la ordenación espacial de un territorio a la simple voluntad de los minoritarios grupos de poder —inclúyanse aquí organismos de la Administración pública a escala local y autonómica, las grandes empresas de la construcción y el turismo, etc—.

Ante esto, es necesario acercarse al pensamiento de los habitantes del propio espacio, que, lejos de mostrar pasividad o rechazo, son, en muchas ocasiones, los primeros en demandar una organización cada vez menos libre de la urbe.

5.1. El miedo.

Por tanto, si bien de forma bastante resumida, podríamos afirmar que es el miedo el elemento diferencial que subyace en este asunto. El miedo es el más preciso “instrumento de configuración urbana” (Villar Lama y García Martín, 2015, p. 148), es el factor que “moldea la vida en la ciudad”, la pieza fundamental para excluir y reorganizar el espacio (García Cortés, 2010, pp. 7-8).

El miedo, en definitiva, sirve para domesticar al ser humano (Tomé Fernández, 2005, p. 109), aunque en muchos casos —especialmente en Occidente— se trate más de una construcción ideológica y dirigida que de una realidad tangible y objetiva. Pero esto poco importa verdaderamente, pues lo cierto es que las personas, de una u otra forma, son presas del temor que les causa todo lo que les rodea y desconocen, y demandan de modo obsesivo una seguridad cada vez mayor que les reporte esa ansiada y utópica sensación de estar protegidos. Y lo hacen aunque eso implique perder libertades, renunciar al espacio público, exponerse completamente a una vigilancia permanente.

Pero entonces nos surge una cuestión ineludible. ¿Miedo a qué, exactamente? La pregunta implica una respuesta tan amplia como lo podría ser la mentalidad de cada individuo, pero, a grandes rasgos, muchos autores coinciden al señalar dos focos principales ante los cuales los ciudadanos se sienten vulnerables y atemorizados.

Uno es el desconocimiento de los “otros”, de aquellos que son diferentes; el segundo sería la desigualdad económica y la pérdida de estatus. Aunque bien es cierto que estas diferenciaciones pueden, en ocasiones, terminar confluyendo en un mismo punto cuando “los otros” son inmigrantes, personas con bajos recursos o sin ellos, sí es interesante reparar en las diferentes situaciones que pueden terminar generando uno y otro ámbito.

5.1.1. El miedo a los otros.

El desconocimiento de cuantos son distintos —en incluso de cuantos son semejantes pero desconocidos— repercute directamente en el aislamiento y el individualismo que late en el comportamiento actual de las ciudades y sus habitantes, provocando el abandono de zonas públicas como plazas o parques por el sentimiento de inseguridad que provocan.

Precisamente las distintas sociedades y círculos de poder, sabedores de la efectividad que granjea esta herramienta del temor, potencian su extensión dentro de la sociedad para que sean los propios individuos quienes no solo toleren y acepten mecanismos derivados como la vigilancia o la delación —otrotra considerados rotundamente negativos—, sino para que incluso se conviertan en un engranaje más de la maquinaria, es decir, para que cada individuo adquiera esa condición dual de vigilante y vigilado que eleva la efectividad en el funcionamiento de este sistema a un nivel cuasi perfecto (García Cortés, 2010, p. 59).

Estos temores, “vinculados a un sistema de creencias que hoy se ve tensionado por la existencia de unos medios de comunicación globalizados” (Reguillo, 1998, p. 27), se focalizan y expanden muy a menudo a costa de todos aquellos individuos que difieren de la colectividad, de aquello que ha venido a denominarse como “los otros”. Extranjeros, homosexuales, trabajadores sexuales, drogodependientes y un largo etcétera vendrían a componer este grupo frecuentemente criminalizado, al que esa masa urbana “normativa” no duda en señalar como único responsable del caos social.

La razón más plausible para explicar este comportamiento pertenece al campo de la conciencia humana. En un mundo tan inhóspito como el actual, los individuos persiguen una quimérica sensación de tranquilidad. Algo que, dados los numerosos obstáculos que para ello plantea la urbe contemporánea, solo pueden rozar si se desvinculan de la responsabilidad de dichos problemas. En otras palabras; las personas necesitan deshacerse de cualquier atisbo de culpabilidad, evitando relacionar los males que aquejan a la urbe con sus propias acciones.

Para ello, la única opción que resta es la de pronunciar otros nombres. Designar un chivo expiatorio que cumpla dos funciones indispensables para la sociedad: cargar el peso de todos los fallos y liberar las turbadas mentes de una colectividad superior.

Lógicamente, ante esta situación, “los otros” quedan sin posibilidad alguna de reacción ni defensa. Presionados y acorralados de forma absoluta por una mayoría que cuenta con todos los medios a su favor para verificar un relato en origen más que dudoso, procede al mismo tiempo a volver la espalda y vendar sus ojos, negándoles cualquier derecho urbano —y humano— a esos que, aún sin dejar de ser “los otros”, pasan a convertirse en aquello que Loïc Wacquant (2001) bautizó como “parias urbanos”.

En definitiva, es así como el miedo se apodera del espacio estigmatizando a aquellos que son víctimas de prejuicios dirigidos desde las estancias más poderosas de la sociedad con el objetivo de minusvalorar una comunidad concreta o degradar su entorno.

5.1.2. El miedo a la pérdida de estatus.

“A los temores derivados del orden de lo visible se suman las representaciones de esos enemigos invisibles que acechan al ciudadano. El papel que en esto juega el mercado (...) es central”. Esta cita de Rossana Reguillo (1998, p. 26) nos permite penetrar en esta otra condición agitadora del miedo.

Esa misma división entre la colectividad mayoritaria del epígrafe anterior sería extensible a este caso, pues ese rechazo a “los otros” también implica, consecuentemente, el pavor de ser como los otros. En este sentido, juega un papel indispensable la posición que lo económico y lo cultural ocupan en la escalera de la jerarquía social. Ascender es, evidentemente, el objetivo que todo ciudadano ansía. Pero de igual manera, retroceder o

perder puestos en la consideración que la sociedad como masa externa tiene sobre el individuo es motivo de auténtico pánico. A fin de cuentas, lo que está en juego no es otra cosa que la inclusión —o exclusión— dentro de esa confortable categoría de iguales que es la mayoría, pues, en el fondo, nadie quiere ser distinto.

Todo lo aquí expuesto constata la creciente importancia que adquiere en la sociedad ese culto a la riqueza que no es más que otra contundente victoria del indestructible capitalismo. Se dispara así la obsesión por exteriorizar la progresiva capacidad adquisitiva del individuo, que se empeña así en aglutinar símbolos que reflejen su estatus (Tomé Fernández, 2005, p. 111). Residencias vacacionales, vehículos nuevos, dispositivos tecnológicos, vestimenta de marca... cualquier elemento es adecuado para el propósito, aunque eso implique aceptar, justificar y fomentar la desigualdad.

De hecho, son estas —cada vez más abruptas— diferencias en lo económico las que conducen a la segregación espacial y a la discriminación social dentro de la urbe (García Cortés, 2010), donde, recordemos “nunca antes fue tan grande la pobreza y la desigualdad” (Rodríguez Chumillas, 2005, p. 127).

5.2. La obsesión por la seguridad.

En cualquier ciudad, también en Valencia, como se pretende demostrar a lo largo de este estudio, el miedo ha actuado y actúa como ese impulso imperceptible que ayuda a reordenar y planificar el espacio. De hecho, solo haría falta atender a la tesis que sostiene Antonio Sanz Fuentes (2021) para entender que hasta los instrumentos más mínimos, como lo serían las cámaras de videovigilancia, a priori útiles en la lucha contra la criminalidad urbana, en realidad solo funcionan como elementos que refuerzan la división socioespacial de un modo invisible, pues en lugar de eliminar la violencia, únicamente logran desplazarla hacia zonas menos vigiladas y, en consecuencia, más vulnerables. Se constituyen así estas cámaras como una suerte de “muros invisibles” dentro de la propia ciudad.

En este sentido, es sumamente interesante dirigir una mirada hacia el proyecto audiovisual realizado por José Piñero. Bajo el título *Surveilled City* (2024), el artista extremeño realiza una crítica a la férrea vigilancia a la que está sometido el ciudadano en la urbe de Valencia.

Apoyándose en un formato rompedor de sonoridad potente, las imágenes ponen de manifiesto cómo, en muchos casos, este control se realiza de forma indetectable e incognoscible, e incluso atentando contra la privacidad de aquellos vecinos cuya vivienda aparece en el radio de acción que separan las cámaras de la calle.

Aunque cabe mencionar que las cámaras de videovigilancia, si bien han quedado establecidas socialmente como los instrumentos más definitorios en la lucha por la defensa del espacio público, no son los únicos mecanismos que delatan la obsesión latente en la ciudadanía contemporánea por la seguridad. Una obsesión que suele ir acompañada de la desvirtuación del anonimato, cualidad que ya no es deseada ni defendida, pues es entendida como una amenaza a la seguridad pública (Cortés, 2010, p. 40).

No obstante, en ningún caso podríamos omitir el papel indispensable que la arquitectura —dentro de la alianza sempiterna con el poder— ha desempeñado históricamente en ese juego consistente en crear, controlar y perpetuar el miedo de forma sistemática (Cortés, 2010, p. 9). En la actualidad, y aún con todos los avances tecnológicos disponibles, sigue siendo la herramienta más fructífera a este respecto. Vemos, por ejemplo, como nuevas remodelaciones urbanas que incluyen estéticos bloques de cemento y bolardos, bancos incómodos —cuando no inexistentes— o aspersores de riego automático, entre otros elementos, buscan hacer de las calles un espacio muy poco habitable, convertirlo únicamente en zonas de tránsito que faciliten su control y confieran esa obsesiva sensación de seguridad que el ciudadano demanda aún a costa de perder un enclave tradicional de reunión y sociabilidad (Cortés, 2010, p. 73).

Con todo ello, las palabras de José Miguel García Cortés (2010, p. 76) resultan dolorosamente precisas cuando afirma que la ciudad actual no desea seguir siendo un organismo vivo. Los ciudadanos, para conveniencia del poder, han renunciado a cualquier forma de movilidad colectiva, facilitando un modelo urbano que más que a una ciudad se asemeja a una prisión y que vende seguridad —o la sensación de tenerla—.

6. MEDIDAS DE CONTROL DEL ESPACIO: MOTIVACIONES PARA SU EMPLEO Y CONSECUENCIAS DE SU USO: EL CASO VALENCIANO COMO OBJETO DE ESTUDIO.

Como ya hemos tenido ocasión de comprobar, a la ciudad posmoderna pueden atribuírsele una infinidad de cualidades —ya sean positivas o negativas—, pero, precisamente la neutralidad es algo de lo que ésta carece por completo. Por mucho que cueste concebirlo así, todo lo que pasa —y lo que no pasa también—, o lo que se construye —o se destruye— en la ciudad obedece a una lógica muy definida y estudiada, persigue unos fines concretos que, en la mayoría de los casos, satisfacen únicamente las exigencias y deseos de un círculo muy minoritario de la sociedad.

Este comportamiento, podría decirse intrínseco, de la ciudad contemporánea, tiene una doble cara. La transformación del espacio acarrea obligatoriamente una serie de consecuencias que, repetimos, no afecta a todos los habitantes por igual. Esto supone que, mientras unos pocos obtienen beneficios con la modificación de la urbe, otros (muchos) sufren la parte amarga del proceso viendo como su condición de ciudadano desciende a una categoría inferior donde, a ojos de los estamentos de poder, sus derechos y sus necesidades importan menos que los de otros.

Precisamente, es la ordenación del espacio urbano lo que aquí nos interesa someter a análisis, valorando la capacidad de esta práctica como herramienta para manipular a la sociedad que lo habita de una forma tan sutil como efectiva. Trataremos así de comprobar cómo, a menudo, este proceso desemboca en la confección de una ciudad cada vez más artificial, privatizada, compartimentada y polarizada, en la que el control total sobre sus pobladores está cada vez más cerca y donde solo parece respirarse un denso aire de individualidad que anula cualquier vestigio de esa interacción colectiva y pública que, no hace tanto, caracterizó a la vida urbana.

De este modo, centraremos nuestro estudio en la ciudad de Valencia —el tercer núcleo poblacional del país—, donde las motivaciones que propulsaron la transformación de su espacio urbano, así como los múltiples efectos resultantes, parecen doblemente interesantes, ya que nos permitirán entender otras aristas de este poliedro tales como el

descontento de habitantes que no sienten como suya la ciudad, o la tremenda disparidad entre unos ciudadanos y otros.

Con todo ello, a continuación veremos por qué Valencia es ese lugar que peligrosamente concita “barrios marginados” (Cucó Giner, 2016) y “galaxias faraónicas” (Santamarina Campos y Moncusí Ferré, 2012) y qué supone realmente.

6.1. Gentrificación: el ejemplo de Russafa.

Según el Diccionario de la Real Academia Española, gentrificación se define como la acción consistente en “renovar una zona urbana, generalmente popular o deteriorada, mediante un proceso que implica el desplazamiento de su población original por parte de otra de mayor poder adquisitivo”.

Con estas bases terminológicas ya asentadas, podemos a continuación desgranar las particularidades de esta política urbana que el gobierno valenciano desplegó a partir de la primera década del siglo XXI en el barrio de Russafa, donde actualmente viven cerca de 24.000 personas.

Un barrio que, a pesar de su ubicación en el distrito del Ensanche, ha contado históricamente con un marcada identidad, fruto de la tardía incorporación al municipio de Valencia que lo mantuvo como enclave independiente hasta el año 1877, y de su carácter reivindicativo y luchador (Del Romero Renau y Lara Martín, 2015, p. 192).

6.1.1. Proceso y consecuencias.

Ciertamente, el periodo que ha venido a configurar el aspecto actual de Russafa tuvo lugar, aproximadamente, entre los años 2009 y 2017 (Llorca Ponce y Fernández Durán, 2017). No obstante, es indispensable entender que, para que esto sucediera, se habían producido con anterioridad un cúmulo de cambios y transformaciones en el barrio que propiciaron la dirección de las medidas aquí desplegadas.

Tradicionalmente, Russafa siempre había mantenido una vinculación estrecha con la huerta, cuyos productos llegaban al mercado, concebido como el centro neurálgico del

barrio (Gutiérrez González, 2012, p. 70). Se fue configurando así un compacto entramado socioeconómico que, teniendo como piedra angular el comercio y la actividad de obreros, tenderos y campesinos, granjeó un intenso crecimiento a nivel cultural y demográfico. De hecho, la fuerza e importancia de la calle, del espacio público como lugar de encuentro y enriquecimiento común, continuó incluso durante los duros años de la posguerra.

Sin embargo, durante los años setenta, la agilización de las nuevas formas de vida propias de la sociedad posmoderna se alió con los efectos colaterales de la política del desarrollismo aplicada en España durante la década anterior para dar un vuelco a las dinámicas urbanas.

El aumento del nivel de vida motivó a la población a trasladarse a barrios periféricos de nueva construcción que ofrecían residencias mucho más amplias y modernas ante las que barrios como Russafa, con un parque de vivienda muy deteriorado y envejecido y un sistema público de servicios e infraestructuras más que insuficiente no podían siquiera competir. Fue así como se produjo un abandono progresivo de los centros históricos, provocando por consecuencia la pérdida del pequeño comercio. Algo que, para Russafa resultó catastrófico, pues en las dos décadas posteriores la población del barrio mermó un veinticinco por ciento, pasando de los 40.000 habitantes en 1970 a los poco más de 24.000 en el año 2000 (Del Romero Renau y Lara Martín, 2015, pp. 192-193).

Ante este catastrófico paisaje que se presentaba, Russafa fue convirtiéndose en un nido de delincuencia, prostitución y exclusión que la llegada de los primeros inmigrantes chinos y magrebíes durante los años noventa no bastó para frenar a pesar del impulso demográfico y comercial que protagonizaron. De forma paralela, en el umbral del nuevo milenio el barrio se convirtió en una de las zonas con mayores tasas de problemas sociales a la vez que en un espacio multicultural, que paulatinamente fue atrayendo la atención del exterior. Aun así, restaba solucionar el malestar que provocaba la violencia y la acumulación de ese estrato marginado y criminalizado de la sociedad, y para ello se puso en marcha el programa policial MAS, que buscaba higienizar el barrio, darle una limpieza de cara —a toda costa superficial—, por medio de la intensificación policial, que se desempeñó con total y absoluta violencia (Miquel Bartual, 2016, p. 166).

Precisamente esta multiculturalidad comenzó a servir de reclamo para grupos sociales de jóvenes vinculados con las industrias creativas del arte y la cultura, que iniciaron un movimiento migratorio hacia Russafa. Fue así como el barrio, hasta entonces aquejado de un problema crónico de degradación y desabastecimiento, inició su resurrección a costa de sacrificar el comercio tradicional en favor de un creciente sector terciario que a su vez se fue retroalimentando, atrayendo con más vigor al turismo urbano (Llorca Ponce y Fernández Durán, 2017, pp. 12-13).

Ante esta situación, la Administración despierta de su largo letargo y contempla la oportunidad idónea para renovar y revitalizar los espacios más deteriorados del barrio con un coste de inversión mínimo que preveía amortizar en un corto espacio de tiempo. Se ponen así en marcha todo tipo de obras y adecuaciones. Desde el proyecto del Parque Central para proveer de un cinturón verde al barrio, pasando por las mejoras de accesibilidad y conexión hasta llegar a la ampliación de aceras y chaflanes (Llorca Ponce y Fernández Durán, 2017, p. 12), las medidas surtieron el efecto deseado: impulsar Russafa hacia un nuevo futuro. Pero toda decisión tiene un coste de oportunidad y todo cambio implica necesariamente una desaparición. En este caso, el comercio local fue el gran damnificado.

El aburguesamiento manifiesto de Russafa, para dar cabida a los nuevos negocios basados en la moda, la restauración o la cultura, ha conducido al cierre de la gran mayoría de aquellos locales sencillos que sustentaron al barrio cuando más se tambaleaba. Tanto es así, que solo en el año 2014, se perdieron 278 establecimientos; dato que a su vez se contrapone con la media de apertura de dos negocios por semana durante ese mismo año (Del Romero Renau Renau y Lara Martín, 2015, pp. 204-205).

Esta inequívoca dirección, ha dado lugar a dos tendencias contrapuestas: de una parte, la marcha de un gran número de aquellos inmigrantes que empezaron a revitalizar el barrio en la década de los noventa; por otra, la llegada imparable de turistas atraídos por el dinamismo de la zona y su, cada vez más vacío, carácter multicultural.

Precisamente así es cómo Russafa se ha convertido recientemente en un distrito de moda, no solo a nivel local o nacional; arrancando las raíces de lo que otrora fue un barrio obrero y artesano, asentado sobre el comercio de proximidad y la diversidad étnica para

transformarlo en un espacio sumamente aburguesado y desterritorializado (Del Romero Renau y Lara Martín, 2015, p. 209). Arrastrado por la incongruente lógica turística, su identidad está ya asfixiada por la impersonalidad de la globalización imperante.

A esta ineludible problemática, de la que el imparable aumento del precio de la vivienda y sus obvias consecuencias sin duda no escapan, cabe añadir también los serios inconvenientes que sufre el espacio público del barrio, el cual ha resultado siempre perdedor en su lucha contra la hostelería y el turismo masivo. Las innumerables terrazas que ocupan total o parcialmente las aceras, el aumento del ruido y la celebración continuada de festivales y eventos culturales como las Fallas, las *Gastroweeks* o *Russafart* entre otros, dificultan no solo la convivencia, también la movilidad y el derecho que a esta tienen los ciudadanos.

En definitiva, podríamos aseverar que el problema del proceso gentrificador para los habitantes de menor poder adquisitivo no radica tanto en la falta de capital como en la carencia de poder y control sobre el propio territorio (De Filippis, 2004, p. 89, en Slater, 2012, p. 190, en Del Romero Renau y Lara Martín, 2015, p. 209). Algo que en el caso particular de Russafa ha resultado más que evidente para los tres colectivos que más negativamente han sufrido las repercusiones de la transformación del barrio. Hablamos de los inmigrantes, los ancianos y los pequeños comerciantes; tres grupos que en otro tiempo constituyeron la base social, cultural y económica de la zona y que, en la actualidad, no parecen siquiera tener cabida alguna en ella, habiéndose visto obligados a renunciar a la vida en el barrio, ya fuera marchándose de él o privándose del uso público del espacio.

6.1.2. La visión del arte.

A este respecto, consideramos relevante exponer aquí el trabajo audiovisual llevado a cabo por María José Gutiérrez González, (2011), titulado *Cartografía Russafa. Mapa relacional de identidades urbanas. 7 calles, 7 lugares, 7 respuestas*, donde, a partir de la tipología de los letreros de calles y locales se pretendía rastrear un “paisaje urbano [que] estaba caracterizado por una diversidad de idiomas y de elementos identificativos de diferentes culturas” (Gutiérrez González, 2011, p. 74), logrando reflejar esa imagen

multicultural de Russafa, que ya en aquel momento empezaba a cambiar su paradigma (Imagen 1).



Imagen 1: Gutiérrez González, M.J. (2011). Cartografía Russafa. Mapa relacional de identidades urbanas. 7 calles, 7 lugares, 7 respuestas. [Captura de video]. En <https://cartografiarussafa.wordpress.com/>

Además, retomado el trabajo desde el punto de vista de la actualidad, gana aún más potencia en tanto que actúa como fiel testigo de lo que fue —y ya no es— el barrio.

En esa línea en la que Russafa parece desarrollarse por y para el visitante, obviando en cambio al vecino, la denominada *Manzana Perdida* (Miquel Bartual, 2016) se erige como una de las más silenciosas cicatrices del proceso gentrificador (Imagen 2). Esta isla urbana, convertida en un descampado donde aparcen los coches, cuenta con un edificio en estado de semirruina evidentemente abandonado, que a fin de cuentas priva a los vecinos de su uso comunitario.

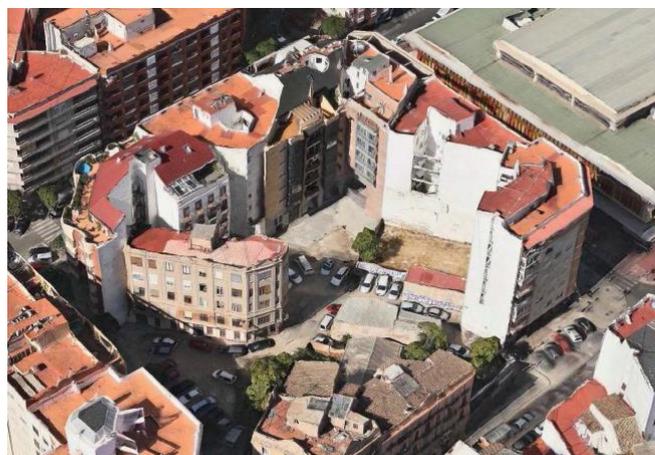


Imagen 2: Encajes Urbanos, (2015). [Fotografía aérea de la manzana perdida de Russafa]. En <https://encajesurbanos.wordpress.com/2015/11/17/la-manzana-perdida-de-russafa/>

Ante ello, se llevó a cabo en el año 2015 una iniciativa de visibilización que, por medio de actividades culturales como talleres y exposiciones interactivas, buscaba concienciar a los vecinos sobre el espacio público desaprovechado que suponía esta manzana. Así, mediante la intervención de artistas y colectivos como Huyro, Anaïs Florín, Mijo Mik o Carpe Vía, entre otros, formaron parte de este proyecto donde la colaboración ciudadana resultó imprescindible, pues se pretendía que imaginaran alternativas para transformar el espacio del descampado. De hecho, la gran acogida de los vecinos elevó el número de opciones, que abarcaron desde la creación de una zona verde, un cine de verano, o un estanque hasta un huerto comunitario o un hospital para el barrio (Miquel Bartual, 2016, pp. 170-171).

Ciertamente, el arte y la sociedad se unieron en este proyecto en busca de una mejora de la calidad de vida de los vecinos. Sin embargo, la realidad es que desde la Administración ninguna de las propuestas ha sido seriamente escuchada y aún a día de hoy —ocho años después de estas reclamaciones— la *Manzana Perdida* sigue siendo un parking improvisado que imposibilita a los habitantes de Russafa gozar de un uso mejor.

6.2. Fluctuación social y espacial del centro urbano: los barrios del Mercat y El Carme y la problemática del abandono y la turistificación.

Dirigimos nuestra atención en este apartado al núcleo histórico de la capital del Turia, ubicado en el distrito de Ciutat Vella. Bien es cierto que tres de los seis barrios aquí comprendidos figuran en la lista de los más acomodados de la ciudad (Hernández i Martí y Torres Pérez, 2013, p. 23); no obstante, el caso del Mercat y El Carme —también Velluters— difiere bastante de las restantes zonas por su origen popular y los desafíos y dificultades con los que forzosamente han debido lidiar desde mediados del siglo pasado.

6.2.1. Proceso y consecuencias.

Concretamente, y una vez más, la fecha paradigmática que sirve de partida para la casuística de esta investigación vuelve a ser la de la catastrófica riada de 1957. Este aciago acontecimiento causó enormes estragos en toda la urbe, pero quizá fuera en el casco histórico donde peores fueron sus consecuencias. La configuración tardomedieval de sus calles o la notable antigüedad de las viviendas fueron algunos de los condicionantes que

sin duda agravaron los daños al tiempo que dificultaban en exceso las labores de recuperación de la zona.

Por todo ello, la fecha señalada supuso el aceleramiento de un periodo de envejecimiento, deterioro y consecuente despoblamiento de ambos barrios (García Pilán, 2015, p. 839), retroalimentado todo ello por la fuerte crisis en la que se vio inmerso el modelo de vida tradicional de los vecinos: la artesanía en El Carme y el comercio en el Mercat habían sido los puntales de la actividad económica y social de estos dos barrios populares, y los daños irreversibles que ambos sufrieron con el desbordamiento del río resultaron condenatorios pues hicieron de la zona un lugar difícilmente habitable.

La situación, de hecho, prolongó esta preocupante y celerísima tendencia durante las posteriores décadas; algo constatable si atendemos a la drástica disminución de habitantes, que pasó de contar con más de 100.000 antes de la riada a cerca de 56.000 en los setenta (Hernández i Martí y Torres Pérez, 2013, p. 23). Es decir, uno de cada dos vecinos dejó el barrio en aquellos años, dirigiéndose, en la mayoría de los casos, hacia barrios periféricos de nueva construcción que ofrecían mejores condiciones en la vivienda y equipamientos suficientes, algo que la Administración valenciana de los tiempos del desarrollismo franquista no quiso concederle al distrito de Ciutat Vella. La explicación parece hoy sencilla si atendemos a las dificultades —arquitectónicas y económicas— que planteaba la exigida reconstrucción de la zona histórica, prefiriéndose en su lugar una expansión hacia espacios por entonces suburbanos, “considerados más necesarios y que ofrecían un mayor margen de negocio” (Hernández i Martí y Torres Pérez, 2013, p. 23).

El abandono prolongado de ambos barrios —y por ende de sus vecinos— por parte de las autoridades pertinentes alcanzaba cuotas extremas en la década de los ochenta, momento en el que se introduce el primer plan de intervención para Ciutat Vella. Con este proyecto se inició un fuerte proceso de terciarización de la zona, eminentemente marcado por el asentamiento de los poderes públicos como el político o el judicial en los palacios y casonas del centro histórico (Torres Pérez y García Pilán, 2013, p. 200; García Pilán, 2015, p. 839), siendo en muchos casos necesario para ello una rehabilitación integral de los edificios. No obstante, y de forma paradójica, en las áreas más afectadas como lo eran los barrios de El Carme y el Mercat se optó por una política de conservación donde la

rehabilitación fue poco menos que inexistente (Hernández i Martí y Torres Pérez, 2013, p. 23).

En 1992, con la entrada del nuevo gobierno del Partido Popular en el consistorio valenciano y con la población del distrito de Ciutat Vella cayendo hasta su mínimo histórico —entorno a 27.000 habitantes en 1991 (Hernández i Martí y Torres Pérez, 2013, p. 23)—, se decide aplicar el Plan RIVA I como solución. En cambio, el proyecto terminó caracterizándose por una reurbanización menos amplia de lo que se hizo creer, incurriendo a menudo en el fachadismo, es decir, en la intervención exclusiva del exterior de los edificios deteriorados, manteniendo intactos sus problemas estructurales. Además, las intervenciones a menudo se desplegaron sin ningún tipo de consenso y obviando la necesidad de aplicar criterios unitarios que abogaran por mantener la estética histórica de la zona. Ejemplos de esta mala praxis no faltan. Solo tenemos que acudir a espacios como la Plaza del Centenar de la Ploma, donde los elementos rectilíneos y desornamentados de hormigón (Villalba González, 2012, p. 65) confrontan poderosamente con la arquitectura adyacente tradicional. La pérdida del patrimonio de valor incalculable también resultó un problema en las dinámicas de aplicación del Plan RIVA, y el derribo de una parte de la muralla árabe para facilitar la apertura de la plaza Viriato y la construcción en ella del Conservatorio de Música y la Escuela de Arte Superior de Diseño, además de la ampliación del IVAM, así lo ratifican (Hernández i Martí y Torres Pérez, 2013, p. 23).

Pese a ello, ciertas actuaciones sí fueron positivas, aunque cabe puntualizar que la mayoría se terminaron llevando a cabo mediante inversiones de capital privado, que, motivados por los generosos incentivos públicos (Villalba González, 2012, p. 63), encontraron un notable beneficio en estas operaciones.

En cualquier caso, la reforma y peatonalización de calles y plazas atrajo nuevos grupos humanos que empezaron a habitar los barrios más populares de Ciutat Vella, rompiendo al fin la tendencia demográfica decreciente que se arrastró durante casi cuatro décadas. De este modo, la autenticidad e historia de la zona, unido a su relativa mejora en cuanto al acondicionamiento de edificios y espacios públicos supusieron un reclamo para que jóvenes de clases creativas —caracterizados por su alto nivel educativo, cultural y adquisitivo— empezaran a asentarse en las áreas más codiciadas del Mercat y El Carme. Este último, de hecho, se consolidó a raíz de esta metamorfosis como la zona predilecta

para el ocio nocturno en la ciudad. Cualidad que todavía en la actualidad continúa caracterizando al barrio, actuando como catalizador a la hora de mantener en aumento las visitas que buscan este tipo de entretenimiento, pero, al mismo tiempo, mermando la calidad de vida de un vecindario acosado por la dispersión de estos locales en el espacio y su consecuente contaminación acústica.

Paralelamente, las viviendas más accesibles en lo económico —que coincidían por tanto con las que menos favorecidas se habían visto por la rehabilitación del Plan RIVA— se fueron sucesivamente habitando por inmigrantes, la mayoría de procedencia extracomunitaria. Se conformaba así, a finales de los años noventa, un paisaje social de muy diversa índole, donde las formas de compartir y participar en el barrio y en la comunidad oscilaban entre un amplio abanico de posibilidades, que iban desde la plena involucración de aquellas personas más ancianas que habían desarrollado toda su vida en Ciutat Vella y que, por tanto, guardaban un fortísimo sentimiento de pertenencia e identidad con el lugar (Hernández i Martí y Torres Pérez, 2013, p. 25), hasta los vínculos más superficiales conformados por el incipiente fenómeno del turismo urbano que solo concebía la zona como simple mercancía de consumo.

Sin embargo, la rehabilitación de los barrios, en palabras de Hernández i Martí y Torres Pérez en 2013, ha resultado un “proceso de renovación urbana a medias, que se ha dado de forma dispersa, a escala micro e insuficiente” (p. 39) puesto que la “situación de viviendas y su calidad habitacional continúa siendo muy heterogénea. Coexisten, uno al lado del otro, edificios rehabilitados, otros en estado más o menos precarios pero habitados y otros edificios más degradados, vacíos” (p. 24). Aunque las carencias de los proyectos no se limitan solo a los edificios. Los espacios públicos y equipamientos —o mejor dicho, la carencia de ellos— resultan todavía un problema que lastra a los vecinos del centro histórico (Torres Pérez y García Pilán, 2013, p. 198), suponiendo una merma de su calidad de vida. Denuncian la insuficiencia de servicios públicos como colegios y centros de salud, pero también la escasez de espacios de acceso libre para el recreo, la sociabilidad y el descanso con suficientes zonas verdes que no les obligue a desplazarse hasta el cauce del Turia (Hernández i Martí y Torres Pérez, 2013, pp. 31-32).

Basta con atender a la cronología del proceso para entender las causas de tal dejadez. Y es que, precisamente es en 1998 —fecha en la que se decide suspender el hasta entonces

vigente Plan RIVA I— cuando la Administración pública consolida su inversión en la Ciudad de las Artes, emblema de la inminente modernidad valenciana y núcleo de la nueva centralidad de la urbe (Torres Pérez y García Pilán, 2013; García Pilán, 2015). Esta decisión ratificó, por un lado, el desinterés que para los estratos del poder revertía el centro histórico, y, por otro, la remisión de la planificación urbana a unas dinámicas del beneficio económico que continuaban imperando en las decisiones políticas y espaciales de la capital del Turia.

Sin embargo, conviene ahora retomar un aspecto que ya mencionábamos en párrafos anteriores: el importante proceso de terciarización de los barrios populares del Mercat y El Carne, otrora dedicados al comercio tradicional y a la artesanía, respectivamente. Un proceso al que, decíamos, contribuyó la instalación de los poderes públicos como el Ayuntamiento o la Generalitat en edificios de la zona. De la misma manera lo hicieron museos e instituciones culturales públicas como el IVAM, pero también privadas como demuestra el Círculo de Bellas Artes o, si atendemos a un caso estrictamente actual, el Centro de Arte Hortensia Herrero. No obstante, dicha terciarización —a la que contribuyeron de igual modo los grupos de jóvenes creativos que se instalaron en tales barrios— encontró en el turismo su mejor y más efectiva baza para transformar definitivamente las áreas más populares de Ciutat Vella, originando así la mayor problemática que hoy en día sufre el centro histórico.

Solo en el año 2021, la capital del Turia recibió 1.3 millones de turistas, lo que significa un impacto equivalente al doble de su población. En este sentido, es evidente que la sostenibilidad, por mucho que se quiera recalcar que existe y preocupa a la Administración, no es más que una entelequia de propaganda. Aunque dejando este polémico aspecto a un lado, hemos de reparar en que el centro histórico es, sin duda, una de las zonas más perjudicadas por este proceso que no es sino fruto de las exacerbadas políticas de promoción cultural de la ciudad.

La razón se halla en la recepción de los turistas. Un elevado porcentaje de ellos buscan, por motivos de centralidad y autenticidad, alojarse en el distrito de Ciutat Vella, algo que ha sido posible, en gran medida, por culpa de las inversiones privadas que años atrás protagonizaron las rehabilitaciones residenciales del Plan RIVA y que permitió a empresas inmobiliarias y fondos buitres convertirse en propietarios de los inmuebles. Unos

inmuebles con los que ahora solo pretenden contribuir a la especulación para alimentar esa espiral basada en el turismo de élites y la acumulación de capital.

En definitiva, este fenómeno está sometiendo a los barrios a una nueva asfixia que, si bien parece opuesta al abandono que sufrieron décadas atrás, parece encaminarse al mismo precipicio: la muerte del lugar. El encarecimiento de la vivienda, la expulsión de los vecinos de sus casas por parte de las empresas propietarias de los edificios, junto con la masificación de visitantes, la sustitución de comercios por locales centrados única y exclusivamente en este nuevo y selecto grupo y la privatización del espacio público con la intención de satisfacer las necesidades de ocio de los turistas está provocando un importante deterioro del tejido social de los barrios. Los vecinos han sido continuamente subordinados a los intereses de otros grupos sociales —aunque también empresariales— que, lejos de contribuir a la constitución de la ciudad como espacio de convivencia y fortalecer los vínculos de interacción, han abogado por una visión de la urbe como fuente de beneficio y producto de consumo.

Así, esta dinámica apunta a convertir el espacio histórico, tal como predijo Lefebvre (1979), en un simple parque temático carente de identidad ni historia donde, de no remediarse la situación, pronto no habrá espacio —físico, económico ni cultural— para los vecinos que, en cierto modo, constituyeron y preservaron la tradicional esencia de estos barrios populares.

6.2.2. La visión del arte.

A este respecto, la expresión artística brota a menudo de movimientos e iniciativas de resistencia ciudadana que buscan oponerse a las perniciosas tendencias globalizadoras y neoliberales que amenazan a las zonas más populares de Ciutat Vella. Por esta razón, el arte adquiere un carácter necesariamente reivindicativo.

Históricamente, el grafiti ha resultado el vehículo de denuncia artística más efectivo y común dentro de la ciudad, y, sin embargo, también el más denostado tanto por el público común como por parte, por supuesto, de los estratos de poder contra quienes muchas veces se dirigían sus mensajes. Barrios como El Carme han tenido y tienen una importante vinculación con esta manifestación artística. De hecho, casi la totalidad de obras

realizadas antes de 1994 no fueron toleradas por el Ayuntamiento —dirigido ya por el Partido Popular—, decidiéndose su eliminación con capas de pintura que pasarían a ser conocidas como “Gris Rita” (Crespo Ruiz, 2022, p. 25). No obstante, esto, lejos de resultar disuasorio, animó a los artistas a continuar trabajando en los muros y paredes de todo el barrio.

Las temáticas y los estilos son prácticamente inabarcables, pero la defensa de la cultura tradicional y local del barrio prevalece constante. Bastaría, por ejemplo, con acudir a la obra *Crevette Pistolet*, del artista Fasto (Imagen 3) y ubicada desde 2018 en la Calle Baja (Crespo Ruiz, 2022, p. 273) para encontrar elementos propios de El Carne y su patrimonio.



Imagen 3: Crespo Ruiz, M.D. (2023) *Crevette Pistolet* [Fotografía]. En Calle Baja, Valencia, España.

Más directo y combativo con la seria problemática de la turistificación —y su derivado proceso de gentrificación— se muestra el mural de Escif en la calle Guillén de Castro, donde cataloga de “plaga” (Andrés Durà, 2017), el fenómeno masivo que sufre la ciudad, y, en concreto, el distrito de Ciutat Vella (Imagen 4).



Imagen 4: Cuéllar, M. (2017). Prevención de plagas [Fotografía]. En <https://elasombrario.publico.es/escif-turistas-control-plagas-valencia/>

Aunque, además de estas manifestaciones, encontramos otras quizás más efímeras que surgen vinculadas a colectivos como *EntreBarris* o *Veïnat en Perill d'Extinció*, especialmente en sus protestas y manifestaciones contra la turistificación. Hablamos de pinturas, pegatinas, y carteles (Imagen 5) que pretenden aumentar la visibilidad con lemas tan potentes como *+1 turista, -1 vecino*. (Fioravanti, 2022, p. 399).



Imagen 5: *Veïnat en Perill d'Extinció* (2018) [Cartel contra la turistificación del barrio de El Carmen, Valencia] [Fotografía] En <https://amicsdelcarme.com/veinat-en-perill-dextincio-i-el-pla-especial-de-proteccio-de-ciutat-vella/>

En este sentido, procede destacar además el mapeo llevado a cabo por iniciativa *EntreBarris* donde se rastrea “la proliferación de hoteles y apartamentos turísticos” en la capital del Turia, concienciando así sobre lo insostenible del asunto (Fioravanti, 2022, p. 395).

También la participación y contribución de espacios ocupados autogestionados como *La Caixeta* resultan interesantes a este respecto (Imagen 6).



Imagen 6: La Caixeta (2020). Façana del BSOA Ca La Caixeta. C/De Caixers. [Fotografía]. En <https://bsoacalacaixeta.wordpress.com>

Pues mediante el arte entre otros vehículos, buscan fomentar y fortalecer los lazos de asociación vecinal con la celebración de talleres y eventos creativos que al mismo tiempo tratan de concienciar acerca del riesgo que tienen estos barrios populares de terminar absorbidos por las dinámicas del turismo salvaje.

6.3. El paraíso vanguardista de la Ciudad de las Artes y las Ciencias: solo para unos pocos.

Es ahora momento de abordar la otra parte de la urbe, la más deslumbrante de la capital del Turia, el némesis de barrios humildes como los de Poblados Marítimos, inmediatamente estudiados. Una parte que, no olvidemos, se materializó a través de la

espectacularización de Valencia, cuya imagen popular pasó de forjarse sobre “huertas y barracas a galaxias faraónicas” (Santamarina y Moncusí, 2013).

6.3.1. Proceso y consecuencias.

Y para ello, es útil citar aquí las palabras que J. Cucó Giner (2009, p. 539) utilizó para describir la política urbanista neoliberal que protagonizó la absoluta transformación de la ciudad en lo que actualmente conocemos:

Este urbanismo es algo más que el resultado de la suma de descontrol urbanístico y operación de especulación del suelo, es también la plasmación de un esfuerzo para reestructurar el espacio local y conectarlo mejor con los flujos globales, un esfuerzo que se halla moldeado por la particular manera de entender la modernidad y el progreso de la administración.

Queda claro así que el objetivo de los poderes públicos era recuperar el atractivo como centro de producción que tiempo atrás había tenido la ciudad, y para ello, no hallaron mejores pilares sobre los que asentarse que la vanguardia y la mercantilización. Esta estrategia de lavado de imagen apostó decididamente por erigir descomunales proyectos urbanos y alojar eventos de reconocida categoría mundial, evidenciando el paso de esa Valencia histórica que había sido la Ciudad de las Flores, a la celeberrima —e impersonal— Ciudad de las Artes y las Ciencias (Santamarina, 2014).

Es justo indicar que las bases de este profundo cambio tienen su raíz en la década de los ochenta —con el PSOE en el poder— cuando se inician las obras de ajardinamiento del viejo cauce del Turia, convirtiéndolo en la nueva columna vertebral de Valencia (Cucó Giner, 2009, p.537). Pero no sería hasta 1998 —ya con el Partido Popular— cuando se desatara una auténtica carrera por transformar la capital valenciana—aquejada por sus carencias de una falta de turismo urbano casi crónica—mediante una monumental arquitectura del espectáculo que, como ya tendremos ocasión de analizar, convertiría el patrimonio monumental ya existente en un mero elemento de consumo.

Para entender mejor esta evolución vertiginosa bastaría con saber que, en un lapso inferior a una década, Valencia se pobló de nuevos emblemas tales como el Hemisféric, el Palacio de Congresos de Norman Foster, el Oceanográfico, el MUVIM, el Museo de las Ciencias Príncipe Felipe, el circuito de MotoGP, y un largo etcétera. Además, en 2003, la ciudad logró ser elegida sede del campeonato mundial de vela, algo que no solo atrajo a un sinfín

de visitantes, sino que terminó por situar a la vanguardista Valencia en todos los mapas internacionales (Santamarina, 2014).

Se constataba así el distanciamiento que la nueva urbe tomaba con respecto de sus elementos identitarios, pues el folclore o los edificios monumentales de los tiempos de su esplendor gótico como la Catedral, la Lonja o las Torres de Serrano y Quart quedaron relegados a un segundo plano, convertidos en un simple complemento que el turista podía contemplar —o no— en su visita a la Ciudad de las Artes, que era ya el nuevo emblema de Valencia. Certeza que el mundo entero pudo comprobar cuando, con la visita del Papa en 2006, su presentación tuvo lugar, no en la Catedral, sino en la flamante Ciudad de las Artes (García Pilán, 2015, p. 837).

Sin embargo, todo este fervor constructivo ha causado estragos incalculables para la ciudadanía en su conjunto. Entre ellos, es posible destacar la pérdida casi total de la huerta o el endeudamiento que, después de privatizar los beneficios resultantes de estos proyectos, ha situado a Ayuntamiento y Generalitat al borde de la bancarrota, provocando una socialización de las pérdidas entre todos sus habitantes (Santamarina, 2014).

Aunque es precisamente el coste social de este proceso lo que mayor interés revierte en nuestro estudio. Centrándonos en el símbolo por excelencia de la Valencia posmoderna, la Ciudad de las Artes y las Ciencias, muchos expertos han advertido, al respecto del área residencial circundante, que esta es una zona donde se ha desplegado un urbanismo excluyente. Aquí, los vecinos no han forjado vínculos de identidad con el entorno, ya que se trata de un paisaje aterritorial, un “no-lugar” (Augé, 1998), donde el espacio público es poco menos que inexistente, por lo cual la sociabilidad queda reducida a ámbitos cerrados de acceso restringido y reservados para una minoría acomodada (García Pilán y Torres Pérez, 2017, pp.78-79).

Pero incluso la propia Ciudad de las Artes, aun a pesar de haberse concebido como un espacio común y público, no es un lugar carente de exclusión, ya que la precarización e inutilidad de sus instalaciones, causante en cierto grado de la nula rentabilidad obtenida, ha devenido en la privatización temporal de su uso al celebrarse aquí eventos a los que su acceso distaba mucho de ser libre.

Igualmente grave es el asunto del turismo masivo y a la vez selecto, para cuyos miembros la ciudad se presenta como un producto exclusivo y distinguido que consumir, priorizándose en todo momento los intereses foráneos a los de la población local tanto en inversiones públicas como en la oferta de ocio que se despliega. Así, Valencia resulta una ciudad tan acogedora para sus visitantes como excluyente y elitista para quienes la habitan, que, además, sufren los efectos de la segregación al comprobar como su ciudad se convierte en un parque temático cuyo uso y disfrute solo está al alcance del visitante económicamente privilegiado (Santamarina, 2014).

No podemos en ningún caso obviar que estos procedimientos provocan también una afectación y transformación de los espacios inmediatamente colindantes, siendo sin duda el más significativo el propio cauce del Turia, sobre el que se asienta el megalómano complejo diseñado por Calatrava.

A tenor de esto, si atendemos a los proyectos más recientes que desde la Administración pública se pretenden desplegar, resulta altamente significativo —tanto como insolidario y moralmente reprobable— la estrategia de los estanques (Vigara, 2024). Dicho planteamiento viene a confirmar la reiterada tendencia del poder a destinar los impuestos de los habitantes a convertir la Ciudad de las Artes en un entorno para el visitante, en un decorado perfecto e inmaculado que esconda la verdadera imagen de Valencia. En este caso, mediante la pretendida implantación de estanques bajo los puentes que cruzan el viejo cauce, se busca eliminar cualquier resquicio posible que imposibilite de esta forma que personas sin hogar puedan asentarse como hasta ahora lo vienen haciendo. Esta medida supondría la expulsión de unas trescientas personas especialmente vulnerables, en su mayoría inmigrantes dedicados a la recogida estacional de fruta que los sustenta de forma precaria, pero que, pese a ello, sí les permite acceder a una vivienda digna en otras ciudades donde, a diferencia de lo que ocurre en Valencia, las dinámicas especulativas no condicionan e imposibilitan el alquiler de vivienda a sectores más frágiles económicamente (Sánchez, 2024).

El conjunto de dichas problemáticas acarrea, en suma, una desigualdad más que latente, pues los ciudadanos comprueban, prácticamente a diario, que no todos tienen las mismas oportunidades a la hora de ocupar y disfrutar del espacio público de su ciudad, lo cual

subraya aún más la idea de que la Valencia ultramoderna y vanguardista solo está al alcance de unos pocos afortunados.

6.3.2. La visión del arte.

En este caso, el carácter artístico se materializa en un sentido contrario a los anteriormente expuestos. Y es que, dentro del complejo diseñado por Calatrava, el arte actúa como elemento legitimador del espacio, pero también de su objetivo que, recordemos, no era otro que la espectacularización.

Huelga decir que la Ciudad de las Artes y las Ciencias no fue el único proyecto dentro de Valencia que se sirvió de esta estrategia. El IVAM —aunque construido con cierta anterioridad, en 1989— y todas sus polémicas internas concatenadas a lo largo de la primera década de este siglo, o el Palacio de Congresos de Norman Foster son solo dos ejemplos.

Sin embargo, es en el conjunto asentado en el Parque del Turia donde surte mayor efecto. Basta con entender que ha sido el arte —la cultura si se prefiere generalizar— y no otro vehículo el elegido para envolver este proyecto tan costoso como elitista con una capa de falsa democratización. Gracias a ello, la Ciudad de las Artes ha logrado traspasar cualquier atisbo de duda o queja en el imaginario colectivo actual para constituirse como la imagen por excelencia de la urbe valenciana. Una urbe—de eso no dejan duda sus futuristas edificios— que lo apuesta todo por el arte.

Hemos catalogado su aspecto democrático como falso, y esta acusación debe ser por tanto justificada. Para ello es imprescindible reparar en tres aspectos. Por un lado, la entidad que dirige cada edificio; por otro, el tipo de eventos o actividades que se dan cabida en ellos, y por último, el coste del acceso a las mismas.

Así, entenderemos enseguida que los seis edificios que configuran la ya icónica Ciudad de las Artes —*Hemisféric*, *Museu de les Ciències Príncipe Felipe*, *Palau de les Arts*, *Àgora*, *Umbracle* y *Oceanogràfic*— tienen un carácter más cercano a lo privado que a lo público. El *Àgora*, donde se encuentra el *CaixaFórum*, está dirigido por esta entidad bancaria de alcance internacional (Imagen 7).



Imagen 7: Focus, (2022). [Imagen del logo de Caixa Bank con el edificio del Ágora al fondo] [Fotografía]. En <https://www.focus.cat/es/inauguracion-del-caixaforum-valencia/>

Umbracle, pese a su mínima zona de acceso público, se ha convertido en un espacio de fiesta nocturna solo accesible a élites (Imagen 8).



Imagen 8: Club Bale (s.f.). [Imagen de la discoteca en el interior del edificio Umbracle de Valencia] [Fotografía] En <https://www.clubbable.com/es-es/Valencia/L%27Umbracle>

El *Palau de les Arts*, con una potente oferta cultural dirigida al género operístico especialmente —aunque contemplan también en su repertorio otros como la zarzuela, la música de cámara y sinfónica, etc.— parece del mismo modo enfocarse a un público muy selecto del que, a buen seguro, escapan muchos de los valencianos que en cambio sí sufragaron el proyecto con sus impuestos. Situaciones similares se repiten en el resto de edificios, donde tanto su contenido como el precio de su entrada —en las que no figura en ningún caso descuento alguno para habitantes de la ciudad— actúa como elemento de exclusión para gran parte de la población.

Con esto, queremos recalcar que ha sido a través del arte como se ha consolidado la idea de que la Ciudad de las Artes y las Ciencias es un espacio democrático. Sin embargo, la realidad demuestra todo lo contrario, y es que, este espacio, que no olvidemos, sigue siendo caracterizado como público, dista mucho de serlo. Y precisamente el arte tiene, en este caso, gran culpa de ello. Pues de igual manera que en otras ocasiones actúa como espada justiciera, también tiene la capacidad —y aquí lo demuestra— de ser un perfecto aliado del poder, al favorecer sus intereses y al mismo tiempo enmascararlos con un velo de belleza y libertad que termina siendo socialmente incuestionable.

6.4. La guetificación como paradigma de la fragmentación urbana.

El gueto, sobradamente conocido, es aquel barrio urbano donde forzosamente —o no— una determinada masa social de similares características reside con cierto aislamiento respecto al resto. Para ello, la presencia del muro como elemento de reclusión o preservación del interior se torna esencial. Sin embargo, no solo hablamos de muro en términos estrictamente arquitectónicos, puesto que existen otro tipo de barreras que ofrecen tanta o más efectividad. Hablamos, por ejemplo, de condicionantes físicos a nivel geográfico como pudiera ser un río, aunque también las infraestructuras se conciben y actúan a menudo como barreras. Basta con tener presentes los obstáculos que para la movilidad plantean carreteras o vías ferroviarias.

Aunque, como bien advierte García Cortés (2010, p. 85), los prejuicios sociales son, a buen seguro, los muros más difíciles de sortear por su invisibilidad y arraigo en los comportamientos humanos.

Además, en el contexto social que habitamos, tan fragmentado y a la vez tan rígido en sus acotaciones espaciales, el gueto revive con nuevas intenciones y utilidades. Por supuesto, y desgraciadamente, su función originaria —la de recluir a minorías de forma discriminatoria— se mantiene vigente en muchas ciudades.

No obstante, es importante incluir la tendencia de los sectores más poderosos y dominantes de la sociedad a servirse de la guetificación y sus medios arquitectónicos para aumentar su seguridad —o al menos la sensación de tenerla— y defender sus privilegiados modos de vida basados en la riqueza, los cuales quedan reafirmados y legitimados mediante este sistema espacial.

De esta forma, es como han venido surgiendo en las últimas décadas las cada vez más frecuentes urbanizaciones de lujo. Siempre a una distancia prudente —cuando no extrema— de la ciudad y sus molestos inconvenientes, provistas de todo tipo de herramientas hostiles y disuasorias para el visitante, que van desde los mencionados muros, hasta las cámaras de videovigilancia o el personal de seguridad.

6.4.1. Voluntaria: El caso de las urbanizaciones de lujo.

El desarrollo de esta práctica arquitectónica y espacial busca, a fin de cuentas, rechazar todo lo extraño, desconocido, casual y espontáneo (Villar Lama y García Martín, 2016, p. 148), pues estas cualidades, en la actualidad, son consideradas sinónimas de peligro.

Además, resaltan estos mismos autores la conveniencia que para la Administración supone la creación de estos guetos de lujo, puesto que estas comunidades terminan haciéndose cargo de ciertos servicios de los cuales puede desentenderse económica y logísticamente el sector público. De ahí que, en no pocas ocasiones, sea la propia Administración quien facilite la creación de estas urbanizaciones (Villar Lama y García Martín, 2016, p. 158).

En el caso particular de Valencia, un estudio recientemente realizado por Nel-lo y Donat (2023) rebela que de un total de ciento diez grupos acomodados que existen en el área metropolitana, noventa residen en la capital. Sin embargo, Villar Lama y García Martín (2016, p. 162) detectaban la existencia de un total de diecisiete urbanizaciones privadas — conformadas por 4.700 viviendas—, de las cuales doce de ellas se ubicaban en

entornos suburbanos, y contaban con mecanismos de defensa “casi militares”. Ejemplos de los complejos más lujosos son los de *Mas de Camarena* en Bétera o *Cruz de Gracia* en Paterna-Godella (Imagen 9), entre otros.



Imagen 9: Fotocasa (s.f.). [Imagen de la entrada de seguridad a urbanización privada de Cruz de Gracia en Paterna-Godella, Valencia] [Fotografía]. En <https://www.fotocasa.es/es/comprar/terreno/godella/nueva-santa-barbara-cruz-de-gracia/176651016/d?from=list>

No obstante, también es significativa la presencia de otras urbanizaciones que, al estar emplazadas en el litoral, poseen un innegable matiz turístico que se refuerza con la marcada estacionalidad de sus habitantes (Villar Lama y García Martín, 2016, p. 163).

En cualquier caso, aunque las medidas disuasorias son a menudo contundentes y de una gran hostilidad, el espacio en el que se erigen estos guetos voluntarios no deja de ser público, por lo que impedir el paso sería ilegal en la mayoría de ejemplos. Es por esta razón que, si bien se intenta desalentar al visitante con el control y otros tipos de mecanismos como la localización remota o los mensajes de prohibición (Villar Lama y García Martín, 2016, p. 166), lo cierto es que no dejan de ser herramientas en mayor medida simbólicas.

6.4.2. Forzosa: El barrio marginado de Nazaret y la pedanía de La Punta.

Sin embargo, en la Valencia actual se dan cabida dos ciudades totalmente opuestas para sus habitantes: la del espectáculo que se ve y la de la realidad que se vive (Ferrandís, 2015).

Ante la imposibilidad de hacer desaparecer aquellos aspectos sociales que más incomodan al poder, la mejor alternativa siempre es barrer debajo de la alfombra, es decir, desplazar los “problemas” hacia otro lugar en el que su presencia sea menos visible, menos molesta. Eso, sencillamente, es lo que se han dedicado a hacer la Generalitat y el Ayuntamiento en Valencia durante más de medio siglo con el claro objetivo de realizar un lavado de cara al centro neurálgico de la urbe.

Así, no es ninguna sorpresa descubrir que los barrios más desfavorecidos se ubican en el extrarradio, y en particular, en la franja marítima. Pese a ello, la distancia que separa ambas áreas no se entendió como suficiente, se necesitaban más elementos que recalcaran que, efectivamente, aquellos barrios no formaban parte de la misma ciudad, al menos de forma simbólica.

Por tanto, desde la gran riada que castigó a Valencia con devastadores daños en 1957, se procedió a una reordenación espacial sin precedentes en la zona, sentando las bases de una profunda segregación espacial y residencial. Esto puede constatarse hoy en día si atendemos a la siguiente estadística que ya se mencionó en párrafos anteriores. El 78'5% de las secciones acomodadas existentes en todo el área urbana de Valencia están concentradas en la propia capital (Nel-lo y Donat, 2023), lo cual nos viene a confirmar que la ciudad —especialmente su zona central— es un lugar de acceso y disfrute privilegiado, mientras que el extrarradio y otras zonas periurbanas son esencialmente áreas habitadas por las secciones más vulnerables.

Habiendo así ofrecido una rápida visión del problema en su conjunto, conviene ahora detenerse en un barrio especialmente interesante por el maltrato y la marginación que ha sufrido por parte de los estamentos públicos, aunque también por el resto de la sociedad valenciana. Hablamos de Nazaret. Este ha sido durante mucho tiempo catalogado como zonas de conflicto, reconocido como enclave peligroso donde los problemas relativos a

la droga, la violencia y la inmigración han permanecido a la orden del día. Sin embargo, mucho de estos asuntos —por no decir la mayoría— derivan de las intervenciones llevadas a cabo en su espacio urbano. Intervenciones que, cómo veremos, fueron claramente planificadas primero, y absolutamente olvidadas después.

Este barrio de poco más de seis mil habitantes, situado en el extremo sureste de la ciudad, ha experimentado un proceso evidente de guetificación forzada. Es decir, se ha procurado su aislamiento físico promoviendo una extensa serie de modificaciones urbanas que, si bien han podido aportar un cierto beneficio al nombre e imagen de la ciudad, a esta zona en concreto solo le han supuesto inconvenientes de inmenso calado que todavía hoy siguen repercutiendo de forma muy negativa en la vida de sus vecinos.

Aunque antes cabe puntualizar aquí que Nazaret era, a inicios del siglo XX, uno de los destinos veraniegos preferidos para la burguesía y las clases populares valencianas, que no dudaban en adquirir incluso residencias para pasar aquí su tiempo de ocio, lo que repercutía a su vez en el próspero comercio pesquero y hortelano que granjeaba a los vecinos de la zona una positiva calidad de vida (Imagen 10). Y todo ello motivado, en gran medida, por las múltiples comunicaciones del barrio con el centro de la urbe (Cucó Giner, 2016, p.158).



Imagen 10: Asociación de vecinos de Nazaret (s.f.) Postal de Natzaret dels anys 60. [Fotografía] En Colección de H. Bonet.

Sin embargo, de aquella época nada le queda ya a Nazaret, ni siquiera el mar o la playa. En menos de una centuria, el barrio experimentó un descenso vertiginoso, orquestado por las esferas más poderosas de la administración pública y las empresas privadas, que vieron en esta zona una oportunidad inigualable para satisfacer sus distintas pretensiones.

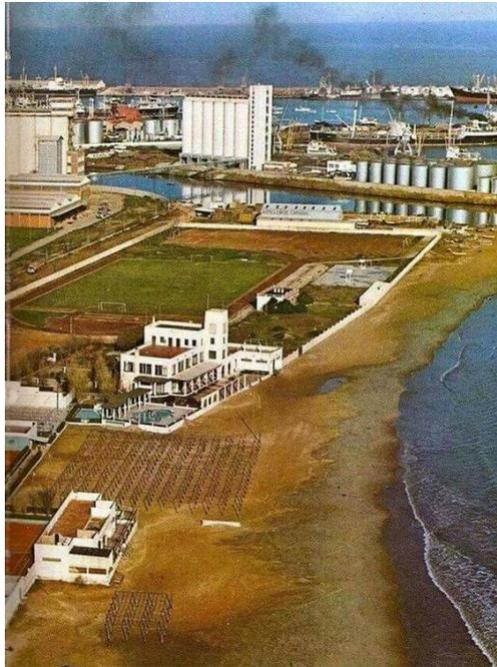
Como se mencionó con anterioridad, la catastrófica riada de 1957 fue el punto de inflexión que activó los mecanismos del aislamiento planificado al que, desde entonces, el Ayuntamiento de Valencia iba a someter a Nazaret (Ferrandís, 2015). No obstante, en los últimos años de la década de los cuarenta, ya habían tenido lugar las primeras medidas que empezaron a comprometer la salud del barrio. En 1946 se instalaron las primeras áreas industriales en la zona norte y este de Nazaret sin prestar atención alguna a la protección de la huerta y la playa. Además, esto se unió a la red ferroviaria que conectaba con el puerto, produciéndose entonces el inicio de su aislamiento. Solo dos años después, coincidiendo con la privatización y posterior cesión de la propiedad de la Playa de Benimar al estamento eclesiástico, despojando a sus vecinos de su sentimiento de pertenencia, empezó a crecer con gran fuerza la importancia y el control que el Puerto tenía sobre el territorio del barrio.

Como decíamos, el proceso de transformación de Nazaret ya había arrancado, pero sería a partir de 1957 cuando los cambios se sucedieran a un ritmo de auténtico vértigo.

La riada había provocado una gran destrucción y degradación de estos terrenos, que habían estado mayoritariamente ocupados por la huerta. Esto permitió por tanto que pudieran ser recalificados como urbanizables, facilitando a la postre el aprovechamiento industrial de este suelo para el beneficio de unas pocas manos. Solo un año más tarde, en 1958, se aprobaron los planes que terminarían siendo los muros que encerrarían Nazaret. El denominado Plan Sur, que desviaría el cauce del Turia por la parte meridional de Valencia, ubicaba en este barrio su desembocadura, suponiendo el arrastre de los desechos procedentes desde la ciudad. A esto se unía la Autopista del Mediterráneo por el este¹ y la Carretera del Saler—terminada en los sesenta— al oeste (Ferrandís, 2015; Cucó Giner, 2016). De este modo, quedaron rodeados tres de los cuatro costados del barrio.

¹ El tramo correspondiente a esta, no obstante, se eliminaría en 1976 tras las reiteradas propuestas de los vecinos del barrio.

Forzosamente, su crecimiento ya era un imposible; prosperar tampoco iba a ser tarea alcanzable. De este modo, a Nazaret solo le restaba la degradación, algo a lo que también estaban dispuestos a contribuir desde la Administración (Imagen 11).



*Imagen 11: Asociación de vecinos de Nazaret (s.f.). [Playa de Nazaret en los años 70]
[Fotografía de archivo] En <https://benimartcom.wordpress.com/la-playa-de-nazaret/>*

Tiempo después, además de la instalación en 1963 de una industria de aceites cuyos peligrosos vertidos quedaban demasiado cerca de las viviendas, y de las depuradoras I y II que en 1991 se ubicarían entre Pinedo y Nazaret —con sus consiguientes problemas de olores y contaminación—, el protagonismo fue recayendo en manos del Puerto. Este, sin duda, terminaría erigiéndose como el mayor verdugo de Nazaret. Desde finales de los sesenta hasta llegar a épocas más recientes donde su afán ha sido disputarle la hegemonía del país al de Barcelona (Cucó Giner, 2009, p.538), el Puerto de Valencia ha venido experimentando un crecimiento del todo imparable. Y ante ello, sus exigencias cada vez requerían de más espacio; un espacio que se le fue robando al barrio de Nazaret. Primero con la creación del Dique del Este, y, posteriormente, con sucesivas ampliaciones como la que se recogía en el proyecto Balcón al Mar, el Puerto ha terminado apropiándose por completo de una playa que desde 1985 ya se hallaba completamente destruida por los vertidos y residuos de las industrias próximas (Cucó Giner, 2016).

Sin embargo, sería injusto atribuirle a la autoridad portuaria la plena responsabilidad de la conversión de Nazaret en un gueto. Ya dijimos previamente que el Ayuntamiento tuvo

mucho que ver al respecto, ya fuera por su actitud permisiva como por su papel promotor, y así lo vamos a continuar exponiendo.

Precisamente son las intervenciones llevadas a cabo en el siglo XXI las que mayor evidencian ese cúmulo de decisiones y estrategias que siempre han apuntado en una misma y reiterada dirección, que siempre tienen un mismo perjudicado.

En 2002, se propuso realizar una mejora proporcionando una nueva fachada a los jardines del Turia. Esta medida, que sin duda buscaba implementar la calidad de la urbe, tuvo una vez más un impacto negativo para Nazaret, que vio cómo se acometía esta obra a costa de los escasos terrenos restantes de huerta. Una huerta que terminaría por desaparecer de la margen sur del barrio cuando se recalificó como Zona de Almacenamiento Logístico cuatro años más tarde.

Pero es el circuito de Fórmula1 el ejemplo que más claramente vendría a resucitar en el caso valenciano aquella expresión de “todo para el pueblo, pero sin el pueblo” que tan bien caracterizaba al Despotismo Ilustrado del siglo XVIII. Erigido en 2010 con el pretexto de dar un paso más hacia la modernidad, el progreso y la vanguardia, lo cierto es que para Nazaret no supuso nada de todo aquello, más bien todo lo contrario. Solo fue una barrera, una más de las tantas que le separaba ya del centro urbano, la última losa que certificaba no solo su aislamiento, sino la nula importancia que tenía el barrio para el resto de Valencia (Imagen 12).

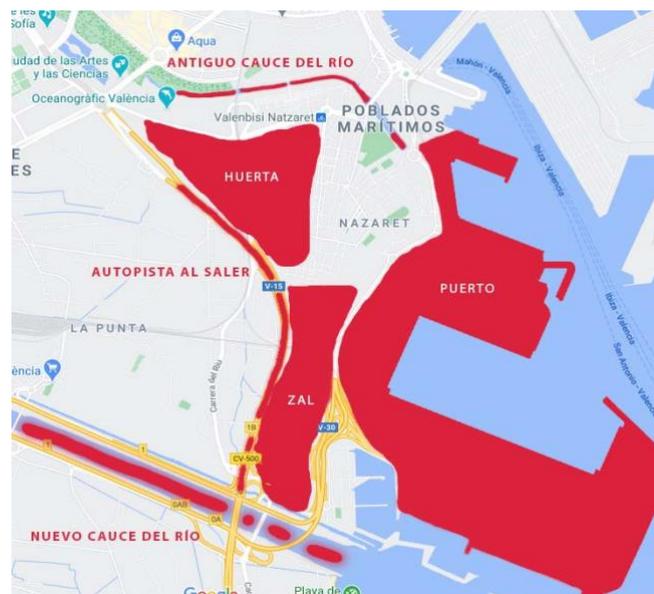


Imagen 12: Asociación de vecinos de Nazaret (s.f.). [Vista satélitel de las infraestructuras que rodean al barrio de Nazaret via Google Maps] [Fotografía] En <https://benimartcom.wordpress.com/la-playa-de-nazaret/>

Con este recorrido por las sucesivas intervenciones en la distribución espacial de la ciudad, parece pertinente mencionar, aunque sea de forma sucinta, los graves problemas de índole social y económica que de estas se derivan y de los que, paradójicamente, la Administración reniega e ignora en lugar de hacerse responsable.

La degradación planificada y el aislamiento de Nazaret, junto con la estigmatización sufrida, ha provocado un clima presidido por el miedo en el que la desconfianza entre los propios vecinos y la ausencia de visitantes de fuera ha desembocado en una vulnerabilidad social que hace que el barrio esté a la cabeza de todos los registros negativos de la ciudad. Nazaret cuenta con el mayor número de parados, con la cifra más alta de personas sin estudios —e incluso analfabetas—, con una elevada tasa de trabajadores “marginales” y una paupérrima calidad de las viviendas e infraestructuras (Cucó Giner, 2016, p.155). Todo esto provoca que aquellos que tienen el privilegio de elegir dónde residir, no deseen hacerlo en Nazaret. Por consecuencia, el barrio queda habitado, en gran parte, por familias pobres, minorías étnicas e inmigrantes sin recursos, produciéndose así una retroalimentación constante de la situación.

De hecho, las últimas intervenciones públicas planteadas sobre el barrio y su entorno ratifican esa máxima de “una de cal y otra de arena”. Hablamos en este caso de dos proyectos que ya cuentan con la aprobación reglamentaria y más pronto que tarde serán una nueva realidad con la que los vecinos de Nazaret habrán de convivir.

De una parte, la tan reclamada finalización del último tramo del Jardín del Turia, la cual supondrá una ampliación de este bosque urbano al que se añadirán cerca de cien hectáreas (Obrador, 2024). Se priorizará la concepción de este como un espacio enteramente público, de carácter lúdico y recreativo. De esta forma, se pondría punto final a la acumulación de contaminantes que desembocaban en Nazaret, permitiendo al fin que este barrio pueda disfrutar libre y democráticamente de un espacio abierto y sano que les ofrezca quizá la oportunidad de recomponer los debilitados lazos de convivencia de los vecinos.

Por otra, la ampliación del puerto de Valencia con una nueva terminal de contenedores que llegará a duplicar la extensión del espacio actualmente ocupado (Imagen 13). Esta decisión, que evidentemente conlleva unas nefastas repercusiones ecológicas y la

destrucción de patrimonio natural de la ciudad (Taylor Noguera, 2023, p. 124), condena más si cabe al barrio al ostracismo y la marginación espacial a razón de la actividad portuaria, que lejos de devolver su espacio a los vecinos, mantienen entre sus prioridades el crecimiento a costa de estos.



Imagen 13: Navarro Castelló, C. (2021). Proyección de la futura terminal de contenedores en el Puerto de València [Imagen digital] En https://www.eldiario.es/comunitat-valenciana/val/mega-ampliacion-puerto-valencia-plena-emergencia-climatica_1_7831005.html

Con todo ello, cabe resaltar el espíritu de lucha y resistencia de los vecinos, que llevan años uniéndose para demandar una mejora inmediata de su situación, una razón que consiga explicar por qué se les trata como ciudadanos de segunda o tercera clase, cuando, paradójicamente, son ellos quienes más alto han pagado el coste de esta nueva Valencia. Esos mismos vecinos que llevan décadas sin ver el mar, a quienes en su lugar solo les han dejado un enorme muro de hormigón al que mirar, un sinfín de ruido de grúas y contenedores que escuchar y una ingente polución que soportar (Imagen 14).



Imagen 14: Nora Rubio, J.C. (2024). [Vista del muro de hormigón con grúas portuarias al fondo en La Punta, Valencia] [Fotografía]. En *La Punta*, Valencia, España.

6.4.3. La visión del arte.

El arte, fiel reflejo de la sociedad y la realidad en la que ésta se inserta, ha venido siendo el altavoz que el barrio y su problemática requería. A este respecto, trabajos como el de Rogelio López Cuenca revierten gran interés para esta investigación.

Nos referimos al proyecto colectivo que el artista malagueño, junto a otros trece artistas en colaboración con la Facultad de Bellas Artes de la Universitat Politècnica de València, presentó en 2016 en el IVAM (IVAM, 2016), y que llevó por título *Mapa de Valencia / Polivalencias*². Esta extensa cartografía pretendía precisamente servir de contrapartida a los mapas que solo mostraban las maravillas de la capital del Turia. Precisamente por ello, solo se recogen en la obra aquellas situaciones, espacios o edificaciones que han supuesto —y suponen— una verdad incómoda para Valencia, una mancha molesta que hace sombra a su deslumbrante imagen vanguardista.

² Ver obra completa en <https://mapadevalencia.lopezcuenca.com/>

Concretamente nos interesa destacar uno de los dieciséis puntos que componen esta altercartografía, el referido al barrio de Nazaret. En él se narra de modo sucinto su historia y sus orígenes, aunque, por supuesto, se pone especial énfasis en señalar críticamente todas aquellas modificaciones espaciales que ya han sido desgajadas en este mismo apartado: el problemático Plan Sur, la expansión infinita del puerto, o el inexistente tramo final del Jardín del Turia son solo algunas de las citadas en la cartografía. (López Cuenca, 2016).

Sin embargo, también hay cabida en *Mapa de Valencia / Polivalencias* para otros aspectos de la ciudad que igualmente esconden ese matiz de desfavorecimiento e injusticia para con la mayoría de la sociedad valenciana. La polémica construcción del metro y el trágico accidente ocurrido en 2003, las sucesivas actuaciones derivadas de la especulación inmobiliaria o las distintas controversias entorno al Instituto Valenciano de Arte Moderno son solo algunos episodios que López Cuenca incluye en la obra con la clara intención, en definitiva, de mostrar al espectador la otra cara de la ciudad, esa que la Administración trata de ocultar y acallar.

También la artista francesa Anaïs Florín, con su obra *Mala punta nunca muere*³, (Florín, 2017, pp.95-107) trata con sensibilidad y fuerza el acoso y marginación al que las esferas de poder han sometido históricamente a Nazaret.

En esta ocasión, la obra surge adscrita a un proyecto de mayor envergadura que centra su atención en la destrucción de la huerta valenciana. Sin embargo, en el mencionado trabajo la cuestión ecológica resulta indisoluble de otras de naturaleza social y política.

En concreto, Florín, mediante la intervención y transformación de una valla de obra de la Generalitat en el soporte de su obra, aborda las consecuencias de la implantación de la zona ZAL que la autoridad portuaria reclamó en el año 1994 en el área de La Punta, ubicada entre Monteolivete y Nazaret. Se centra de este modo en la incansable lucha social de los vecinos frente a la planeada expropiación de más de setenta hectáreas de terreno, dentro de las cuales se incluían alquerías, barracas y viviendas particulares. Esta actuación terminó consumándose en 2003, deportando para ello a más de seiscientas

³ Ver la obra completa en <https://anaisflorin.com/lhorta-ni-oblit-ni-perdo>

personas que previamente habían sido objeto de acosos, persecuciones y criminalizaciones por parte de los medios de comunicación afines a la Administración y el Puerto. Mediante esta estrategia —que para el poder no era desconocida ni tampoco ineficaz— pretendieron forzar a los vecinos para que abandonaran el territorio que se pretendía convertir en Zona de Actividades Logísticas —y que, tras su conclusión en 2006 permanecería inactiva—.

Sin embargo, no se logró tal propósito hasta que las propias excavadoras intervinieron en el terreno y cualquier tipo de resistencia colectiva se volvió entonces inservible. Precisamente es uno de estos dolorosos momentos, anclados todavía en la memoria de sus habitantes, lo que Anaís Florín representa en su trabajo a través de una fotografía recuperada de Jorge Jordán en la que se constataba el derribo de una de las casas más emblemáticas de la zona (Imagen 15) mientras la familia que la habitaba, de espaldas y en un primer plano, presencia el traumático suceso sin poder hacer nada (Florín, 2017).



Imagen 15: Florín, A. (2017). *Mala Punta nunca muere* [Fotografía]. En <https://anaisflorin.com/lhorta-ni-oblit-ni-perdo>

Aún más reciente es la iniciativa de *Sensemurs*⁴, planteada como “un encuentro de pintura mural (...) en la que se invitaron a muralistas de prestigio internacional (...) a realizar

⁴ Ver más información en <https://sensemursvlc.noblogs.org/>

obras relacionadas con la lucha para la defensa de la pedanía [de La Punta]” (Sgaramella, 2021, p. 358). Nombres de la talla de Hyuro, Sam3 o Escif se citaron aquí en el año 2018 para expresar su visión sobre los devastadores efectos de la expansión del puerto, sus infraestructuras y transporte sobre el vecindario y la casi extinta huerta. En la mayoría de los casos, la lucha vecinal como elemento de resistencia atravesaba las obras con mayor o menos protagonismo (Imágenes 16, 17).



Imagen 16: Cooper, M. (2018). [Mural del artista Blu para Sensemurs 2018] [Fotografía]. En <https://www.brooklynstreetart.com/2018/04/05/escif-blu-sam3-more-join-sensemurs-as-activists-protecting-la-punta/>



Imagen 17: Cooper, M. (2018). [Mural de la artista Hyuro para Sensemurs 2018] [Fotografía]. En <https://www.brooklynstreetart.com/2018/04/05/escif-blu-sam3-more-join-sensemurs-as-activists-protecting-la-punta/>

En ese sentido, nos gustaría aquí destacar también el mural de Elías Taño (Imagen 18), que en 2020 fue víctima de censura por parte de la Administración y terminó cubriéndose con pintura blanca. El motivo parecía estar en lo evidente de su obra, pues presentaba a los políticos de los años noventa y dos mil como culpables del maltrato sometido a esta zona de la ciudad. (Sgaramella, 2021, p. 377).



Imagen 18: Cooper, M. (2018). [Mural del artista Elías Taño para Sensemurs 2018] [Fotografía]. En <https://www.brooklynstreetart.com/2018/04/05/escif-blu-sam3-more-join-sensemurs-as-activists-protecting-la-punta/>

La iniciativa, acompañada también de talleres y visitas públicas por el espacio como forma de fortalecer la socialización y el conocimiento de la zona de primera mano contó con una segunda edición celebrada en el año 2022, donde la acogida y los resultados fueron igualmente satisfactorios (Imágenes 19, 20, 21, 22).



Imagen 19: Sensemurs, (2022). [Mural para Sensemurs 2022] [Fotografía]. En <https://sensemursvlc.noblogs.org/>



Imagen 20: Sensemurs (2022). [Mural del artista Roc Blackblock para Sensemurs 2022] [Fotografía]. En <https://sensemursvlc.noblogs.org/>



Imagen 21: Sensemurs, (2022). [Mural para Sensemurs 2022] [Fotografía]. En <https://sensemursvlc.noblogs.org/>



Imagen 22: Sensemurs, (2022). [Mural para Sensemurs 2022] [Fotografía]. En <https://sensemursvlc.noblogs.org/>

Así, podemos decir que gracias a trabajos como estos, la memoria y el dolor de las actuaciones tan abusivas que los círculos de decisión han emprendido contra los grupos sociales más frágiles de la ciudad de Valencia puede preservarse en el tiempo. Solo de esta manera es posible concienciar a las personas que se mantuvieron —y aún se mantienen— ajenas a este tipo de problemáticas y evitar, del mismo modo, que tales experiencias queden sepultadas bajo el silencio y el olvido, como siempre ha pretendido el poder.

6.5. El Cabanyal: un vecindario acosado por la destrucción y el lucro.

Con una población que ronda los veinte mil habitantes, este barrio, también perteneciente a los Poblados Marítimos, se asienta en la margen noreste de Valencia. Tradicionalmente, El Cabanyal siempre fue una zona humilde, dedicada a la pesca, y donde destaca aún el particular trazado reticular del barrio, con sus casas o barracas orientadas hacia el mar. Es, además, un territorio “altamente significativo para los habitantes del barrio [...] inspirado [...] en la historia local [...] y en un fuerte sentimiento de identidad basado también en una idea de abandono respecto a la ciudad de Valencia” (García Pilán, 2015, p.842).

Esto, precisamente, se debe a las reiteradas políticas aquí desplegadas por la Administración, en una aplicación feroz de ese urbanismo neoliberal que para autores como García Pilán no es más que “un modelo privatizado y excluyente”, “un proyecto para restaurar el poder de clase” (2015, p.837), y que en áreas como El Cabanyal solo han dejado una enorme fractura económico-social.

6.5.1. Proceso y consecuencias.

Hablaremos aquí principalmente del proceso de gentrificación —y turistización— del frente marítimo de la urbe, que desde 1991 se marcó como uno de los principales objetivos para mejorar la ciudad, coincidiendo esta fecha con la entrada del nuevo gobierno del Partido Popular en el consistorio valenciano. Con el fin mismo de conectar directamente la zona costera con el núcleo urbano, se propuso en 1998 prolongar la Avenida de Blasco Ibáñez. Medida que, si bien no terminó de implantarse, sí dejó una profunda y dolorosa huella en el barrio de El Cabanyal, por cuyo mismo centro estaba previsto que discurriera la avenida (Imagen 23).



Imagen 23: Desfilis, C. (2019). [Vista satélite vía Google Maps del tramo de ampliación de la Avenida Blasco Ibáñez] [Imagen digital] En https://www.valenciaextra.com/es/valencia/la-policia-recupera-viviendas-ocupadas-de-la-compra-masiva-de-rita-barbera_186283_102.html

Por esta misma razón, no es ninguna casualidad que la zona más degradada —y por ende conflictiva— del barrio fuera la correspondiente a su eje central. La explicación se encuentra en las estrategias que se usaron desde el Ayuntamiento con el fin último de

apropiarse de este terreno para culminar la nueva empresa del tramo restante de Blasco Ibáñez.

Ante la férrea resistencia ciudadana, que se organizó entorno a la Plataforma *Salvem El Cabanyal*, la Administración recurrió a una de las herramientas más efectivas y silenciosas posibles, que además ya tuvimos ocasión de reconocer en el estudio de Nazaret: la degradación forzada. Haciendo caso omiso de las necesidades que reclamaban sus vecinos, rechazando permisos indispensables para rehabilitar o mejorar terrenos y viviendas, negando la dotación de servicios e infraestructuras, e incluso despreciando su rico patrimonio cultural, el barrio sufrió un deterioro notable prolongado por más de quince años, que se tradujo en una aceleración de la despoblación y en la creación de unos espacios profundamente conflictivos y degradados que venían a coincidir, como ya remarcábamos, con la zona por la que se pretendía que pasara la avenida.

De esta manera, se fue asentando un clima tenso marcado por el miedo y la desconfianza, que se alimentó más si cabe con el asentamiento de inmigrantes sin recursos, especialmente de etnia gitana, que, dedicados a trabajos marginales como el chatarreo, se instalaron en las viviendas más deterioradas del barrio (Torres, Moncusí, Monsell, Pérez, 2016). Aunque, sumado a ello, el propio envilecimiento y olvido al que estaba condenado el barrio supuso igualmente la entrada de todas aquellas actividades que, en cualquier otra parte de Valencia, habrían sido si no eliminadas, al menos sí perseguidas. Hablamos de forma mayoritaria de la venta de droga y todo lo que de esta deriva, como problemas frecuentes de violencia. Situación ésta que, sin duda alguna, era del conocimiento de los poderes públicos que, dados sus propios intereses en el territorio, prefirieron ignorar por completo. Principalmente, porque al poder le servía de pretexto para criminalizar a todos los vecinos del barrio en su conjunto y dirigir la opinión pública del resto de valencianos en favor de la ampliación de la Avenida de Blasco Ibáñez, que transformaría un área degenerada en una de progreso y riqueza.

Sin embargo, el extenso ejercicio de lucha y defensa de los vecinos consiguió prolongar la espera del PLAN PEPRI, que finalmente nunca se llegó a materializar. La principal razón se halla en que, en 2015, tras veinticuatro años de gobierno del Partido Popular y sus políticas de neoliberalismo salvaje, la alcaldía del Ayuntamiento de Valencia cambió de signo. A partir de ahí, se anunció no solo el cese definitivo de la propuesta ampliación

de Blasco Ibáñez, sino la inminente rehabilitación que El Cabanyal venía reclamando tiempo atrás y que, en este momento, tras diecisiete años de degradación forzada, se antojaba más necesaria que nunca.

No obstante, este proceso de mejora del barrio, pese a sus supuestas buenas intenciones iniciales, no se desplegó de forma conjunta con otro tipo de políticas de carácter social enfocadas a la protección de los vecinos. De esta manera, medidas como la renovación del parque de viviendas, de las infraestructuras y espacios públicos, desembocaron en una gentrificación que aún perdura. Además, la fuerte e incontrolada demanda turística, animada por la situación privilegiada del barrio en primera línea de costa, no provoca sino una realimentación de esta problemática. Así, los círculos de poder parecían despertar de su letargo, pues se continuaba mejorando el barrio, salvando del ostracismo a esta reducida sección de El Cabanyal que, ahora que reportaba un verdadero rédito económico, resultaba de interés para inversores públicos y privados. Los mismos que, una década atrás, defendían a ultranza su destrucción.

Sin embargo, las consecuencias de ambas acciones —la degradación forzada y la gentrificación por culpa del turismo— confluyen en una dirección más o menos similar. Y es que, de un tiempo a esta parte, el barrio se ha visto despojado de su identidad local. Muchos de sus vecinos han sido forzosamente desplazados, bien por los inasumibles costes de la zona gentrificada, o, en su defecto, por el temor que inspiraba la parte más conflictiva y degradada. Así, es posible advertir una evidente fractura social que ha desembocado en la segregación y exclusión espacial de los habitantes de El Cabanyal.

Por todo lo aquí expuesto, no es difícil imaginar que el barrio ha quedado asolado por una profunda brecha de desigualdad que confronta y polariza a unos vecinos que, por razones económicas, sociales y culturales, se hallan en las antípodas unos de otros. Ante lo cual, la situación solo parece agravarse, pues la consecuencia más evidente deviene en la renuncia y el desuso de los espacios públicos —concebidos como lugares plagados de inseguridades, prejuicios y estigmas—, que a su vez fomenta el aislamiento el individualismo y la pérdida de todo espíritu de colectividad necesario a cualquier nivel social.

En definitiva, El Cabanyal ha sido un área completa y premeditadamente marginada por la Administración, hasta tal punto que incluso se llegó a poner sobre la mesa su eliminación, resultando así uno de los barrios sacrificados en favor de esta Valencia cosmopolita (García Pilán, 2015, p.844) que, como expresó Mijo Miquel Bartual refiriéndose en su caso a la actuación de la Administración en Russafa, ha “sembrado miseria y quiere recoger el dinero” (2016, p.166). Algo que precisamente está ocurriendo en el presente, a costa de un vecindario que luchó por la supervivencia de su barrio y que ahora también sufre las consecuencias de esta nueva transformación.

6.5.2. La visión del arte.

Sería imperdonable para este estudio, que se pretende riguroso, omitir la importancia crucial de la iniciativa *Cabanyal Portes Obertes* en el devenir reciente del barrio.

Este proyecto, que nació en 1998 al abrigo de la encomiable Plataforma ciudadana *Salvem El Cabanyal* a raíz de la amenazante ampliación de la Avenida de Blasco Ibáñez, empleó el arte contemporáneo como vehículo para conectar dos realidades que en aquel momento se hallaban prácticamente de espaldas la una de la otra: la del vecindario de El Cabanyal —que se hallaba en riesgo de desaparición, pero también asediado por una campaña de degradación y criminalización impresionante por parte de la Administración pública— y la del resto de habitantes de Valencia, que contaminados por el falso relato mediático, apenas concebían el proyecto urbanístico como un problema.

Para concitar ambas tensiones, se propuso utilizar las casas de los propios habitantes del barrio como espacios expositivos (Imagen 24), forzando al visitante —en el mejor de los sentidos— a desplazarse al epicentro del conflicto y conocer de primera mano el lugar que se quería borrar y la realidad humana de esos vecinos que sufrían las consecuencias (Martínez, 2016).



Imagen 24: Cabanyal Portes Obertes (2014). [Imagen de la exposición en el interior de una casa] [Fotografía]. En https://www.cabanyalarchivovivo.es/cabanyalportesobertes/wp-content/uploads/2020/04/10987659_1549718808615804_6499437363873507352_n_1549718808615804.jpg

La iniciativa, además de resultar un éxito en lo participativo y asociativo, y de propiciar también un aumento de la autoestima en los propios habitantes de El Cabanyal, ofreció un ejemplo de resistencia y continuidad en el tiempo difícilmente comparable, pues se realizaron un total de dieciséis ediciones en las que prevalecieron la defensa identitaria y cultural del barrio y el compromiso del arte con la problemática social como pilares fundamentales.

De hecho, la disolución de *Portes Obertes* solo se produjo una vez que sus objetivos iniciales se vieron cumplidos; es decir, cuando, con la entrada de un nuevo gobierno de clave más progresista en el consistorio valenciano, se descartó definitivamente el plan de prolongación de la avenida hasta el mar y se anunció la inminente rehabilitación que tanto ansiaba el barrio (Martínez y Domenech, 2015).

En ese mismo contexto en el que El Cabanyal vio seriamente amenazada su existencia, el colectivo artístico *Left Hand Rotation* quiso ponerse del lado de los vecinos y pronunciarse en contra de la ampliación de Blasco Ibáñez. El colectivo, caracterizado por su implicación en la resistencia social frente a las estrategias de segregación y exclusión, se desplazó hasta Valencia para incluir a El Cabanyal en su proyecto *Gentrificación no es un nombre de señora* (Left Hand Rotation, 2012). Así, a través de un taller que se realizó en el año 2012, quedaron registradas las distintas participaciones en un vídeo que

configuró la pieza que lleva por título *Expolio*⁵, y en la cual se ofrecía un libro del propio Blasco Ibáñez partido a la mitad a los vecinos de Valencia, quienes lo desdeñaban por su evidente carácter inservible. Con este claro paralelismo, provocaban una reflexión sobre la reurbanización del barrio que muchos valencianos no habían llevado si quiera a cabo.

Ya mencionábamos que el Plan PEPRI fue definitivamente descartado en el año 2015, sin embargo, no por ello el barrio dejó de ser objeto de intereses superiores ni foco de problemas para sus habitantes. Por consecuencia, el arte tampoco pudo, en su compromiso de defensa, desligarse de El Cabanyal.

La mencionada rehabilitación tan necesaria para el barrio, al desplegarse sin otras políticas conjuntas de carácter social, acarreó el inicio de un proceso de gentrificación que todavía continúa en la actualidad, agravado, más si cabe, por el turismo de masas.

Ante este nuevo impedimento que encuentran los vecinos para habitar libremente su propio barrio, iniciativas como *Una casa són 4 parets*⁶, de Irene Remón (2023) evidencian el grave problema de vivienda que aqueja al barrio. En concreto, busca resaltar el contrasentido que supone que la sociedad actual haya normalizado la existencia de numerosas casas vacías a pesar de la urgente necesidad que tantas personas tienen.

Para ello, intervino un total de seis tapias y vallas anti-okupas —elementos que conforman hoy una buena parte del paisaje del barrio— con imágenes que buscaban resaltar el carácter cotidiano y local que ya empieza a diluirse en El Cabanyal a costa de la extensión de ese modelo de ciudad como producto de consumo (Imagen 25).

⁵ Ver obra completa en <https://www.lefthandrotation.com/gentrificacion/valencia.html>

⁶ Ver obra completa en <https://riunet.upv.es/bitstream/handle/10251/195044/Remon%20-%20Una%20casa%20son%204%20parets%20Intervencion%20artistica%20contra%20la%20gentrificacio%20en%20el%20Cabanyal.pdf?sequence=2>

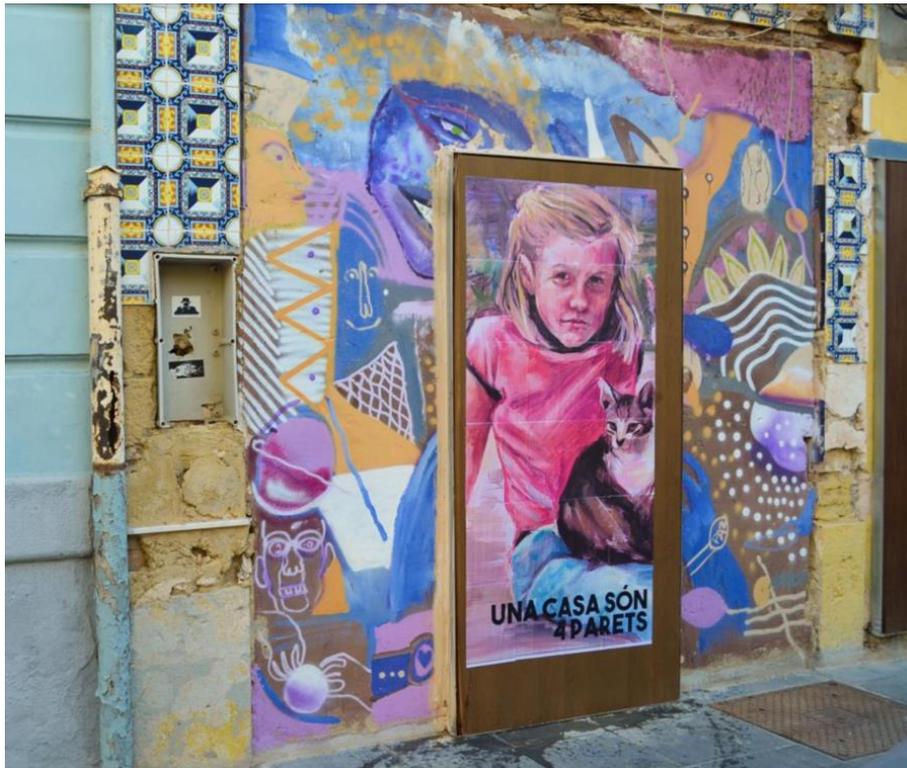


Imagen 25: Remón, I. (2023). Progrés. En Una casa són 4 Parets. [Fotografia]. En <https://riunet.upv.es/bitstream/handle/10251/195044/Remon%20-%20Una%20casa%20son%204%20parets%20Intervencion%20artistica%20contra%20la%20gentrificacion%20en%20el%20Cabanyal.pdf?sequence=2>

Además, todas se acompañaron del lema que da origen al título del proyecto, así como de un código QR y un cartel explicativo que desgajaba la problemática gentrificadora que había motivado el proyecto.

7. CONCLUSIONES.

A la vista del análisis aquí realizado, podemos determinar que Valencia, en un lapso aproximado de dos décadas, ha hipotecado su futuro y el de todos sus habitantes con una planificación urbana que bien puede catalogarse hoy como nefasta. Ciertamente se ha alcanzado ese ansiado espacio que abandera como ningún otro la idea de modernidad y todas sus cualidades. Pero difícilmente puede considerarse una ciudad plena en el sentido estricto de la palabra, pues en vez de convertirse en un lugar de encuentro y unión entre vecinos y visitantes, entre unos ciudadanos y otros, el producto resultante solo ha conseguido avivar factores de objetiva negatividad. Valencia ha alcanzado su propósito de ser una urbe posmoderna, eso resulta innegable. De hecho, lo ha hecho junto con todas sus variantes, ya que no solo ha experimentado un repunte muy positivo en cuanto a su consideración internacional, sino que sus ciudadanos también han sufrido una transformación palpable que no es más que la consecuencia de la evolución social que se produce en cualquier urbe contemporánea.

Hablamos, en esencia, de cuatro aspectos sociales que en este caso, se hacen más visibles si cabe:

La desigualdad. Amparada por un modelo urbanístico que, como hemos visto, ha buscado siempre privatizar los beneficios y socializar las pérdidas de los megalómanos—y poco provechosos— proyectos, era lógico advertir que el resultado provocaría un aumento de la disparidad entre habitantes, viéndose aquellos más vulnerables en una situación cada vez más delicada, mientras que las minorías privilegiadas se ven progresivamente favorecidas al respecto.

La exclusión. Los ciudadanos evitan, cada vez con más frecuencia, relacionarse entre sí. Este triunfo del individualismo, que a su vez responde al sentimiento de miedo hacia el sujeto distinto y desconocido, conduce a la exclusión de los habitantes de la urbe. Unos, los más privilegiados, lo hacen de forma voluntaria, en urbanizaciones lujosas y cerradas, o en barrios céntricos donde los precios de viviendas y actividades de ocio son económica y culturalmente inaccesibles para el resto. Otros, los más desfavorecidos, lo sufren de forma forzada en barrios que poco distan de un gueto, como hemos visto en Nazaret o El Cabanyal.

La polarización. La concentración de los dos puntos anteriores, donde se da habida cuenta de la profunda —y consentida— disparidad que ataca a la estructura social de Valencia con el beneplácito de los poderes públicos es lo que explica que la ciudadanía se vea inmersa en una polarización imparable.

Los ricos no son iguales que los pobres. Los inmigrantes no son iguales que los locales. Eso es algo que, desde el poder, se ha remarcado en muchas facetas y, en especial, a través de la planificación del espacio urbano. Ante ello, es difícil pensar que la reconciliación sea posible. Parece que solo queda lugar para el enfrentamiento de dos sectores de la sociedad que se ven como enemigos mutuos.

Los problemas identitarios. Este último factor ha tomado una enorme fuerza tras la construcción del nuevo emblema de Valencia, la Ciudad de las Artes y las Ciencias. Convertida en la imagen por excelencia de la urbe, este espacio carente de identidad y de cualquier relación con su entorno espacial no solo ha provocado el desplazamiento del patrimonio monumental y de sus símbolos más característicos en el imaginario común, sino que ha generado en los valencianos una ausencia del sentimiento de pertenencia, pues para muchos de ellos este, como tantos otros de los nuevos hitos de la vanguardia valenciana, son un lugar con muy baja significación, por lo que el estima que se les profesa dentro de la ciudad es mínimo.

Además, el hecho de que estos espacios sean más aprovechables y disfrutables para turistas que para los habitantes de la ciudad dice también mucho de ese sentimiento de cercano a la aversión.

En conclusión, hemos podido comprobar en este estudio como Valencia es, en la actualidad, una ciudad de profundos contrastes; de muchas luces y también muchas sombras. En definitiva, la capital del Turia es, a nuestro parecer, un claro ejemplo de aquella macabra dicotomía que B. Secchi denominó “la ciudad de los ricos y la ciudad de los pobres” (2015); un lugar que para unos pocos se ha convertido un sueño que habitar, pero para muchos otros todavía sigue siendo una pesadilla de la que intentar huir.

Y en la labor de luchar contra el agravamiento de esta polarización, el arte se erige como el mejor vehículo posible. Quizá sea por su capacidad para condensar las innumerables

aristas de las problemáticas que aborda, conformando con ello un mensaje claro y legible que permea en todos los estratos sociales. Quizá sea por la sensibilidad con la que crea y con la que ejerce resistencia.

Es cierto que la razón exacta no se antoja fácil de encontrar, sin embargo, a la vista de este estudio queda patente que la expresión artística —aunque también pueda ejercer como aliada del poder y atentar contra la esencia pública de la colectividad— es en muchos casos indisoluble de la ciudad y sus controversias, donde actúa como contrapeso de las desigualdades que en ella se generan.

8. BIBLIOGRAFÍA.

- Andrés Durà, R. (04/07/2017). El 'Banksy valenciano' se rebela contra el turismo de masas. *La Vanguardia*. Disponible en: <https://www.lavanguardia.com/local/valencia/20170705/423876682165/banksy-valenciano-masificacion-tours-turisticos-grafitis.html>
- Augé, M. (1998). *Los "no lugares". Espacios del anonimato*. Gedisa.
- Castro Orellana, R. (2009). La ciudad apestada: Neoliberalismo y postpanóptico. *Revista de ciencia política (Santiago)*, 29(1), 165-183.
- Costes, L. (2011). Del "derecho a la ciudad" de Henri Lefebvre a la universalidad de la urbanización moderna. *Urban*, (2), 89-100.
- Crespo Ruiz, M. D. (2022). Arte Urbano en el Barrio del Carmen, Valencia. Inventario y catalogación de sus murales urbanos (Trabajo Final de Máster) Universidad Politécnica de Valencia.
- Cucó Giner, J. (2009). Los movimientos urbanos en la ciudad de Valencia: contexto y caracterización. *Zainak. Cuadernos de Antropología-Etnografía*, (31), 529-549
- Cucó Giner, J. (2016). Un barrio marginado no es un barrio marginal. A propósito de Nazaret (Valencia). *Revista de dialectología y tradiciones populares*, 2016, vol. LXXI, (1), 151-171.
- Deleuze, G. (2006). Postdata sobre las sociedades de control. *Revista de Teoría del Arte*, (14/15), 183-189.
- Del Romero Renau, L., y Lara Martín, L. (2015). De barrio-problema a barrio de moda: Gentrificación comercial en Russafa, el "soho" Valenciano. *Anales de geografía de la Universidad Complutense*, 2015, 35(1), 187-212.
- Ferrandis Peña, B. (2015). ¿Consecuencias indeseadas o planificación intencionada? la marginación urbanística del poblado marítimo de Nazaret, Valencia. 1946-2010. *Seminario Internacional de Investigación en Urbanismo*, (7).
- Fioravanti, H. (2022). Lucha contra la turistificación del centro histórico de Valencia: prácticas y narrativas de resistencia. *Quaderns de l'Institut Català d'Antropologia*, 38(2), 389-405.

- Florín, A. (2017). *L'Horta: ni oblit, ni perdó. La práctica artística como herramienta de interrupción del discurso dominante* (Trabajo Final de Máster). Universidad Politécnica de Valencia.

- Foucault, M. (1981). *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Alianza Editorial.

- Foucault, M. (1983). *Vigilar y Castigar: nacimiento de la prisión*. S.XXI.

- García Cortés, J. M. (2010). *La ciudad cautiva: orden y vigilancia en el espacio urbano*. Ediciones Akal.

- García Pilán, P., y Torres Pérez, F. (2017). Patrimonio cultural y urbanismo neoliberal: la jerarquización simbólica en la ciudad de Valencia. *Revista valenciana d'etnologia*, (9), 72-84.

- Gendler, M. A. (2017). Sociedades de Control: lecturas, diálogos y (algunas) actualizaciones. Buenos Aires: Hipertextos, 5(8). Disponible en: <http://revistahipertextos.org/wp-content/uploads/2015/12/Gendler.pdf>

- Gielen, E. (2015). Costes del *Urban Sprawl* para la Administración local. El caso valenciano. *Tesis Doctoral*. Universitat Politècnica de Valencia.

- Gutiérrez, O. (2005). La ciudad y el miedo: VII Coloquio de Geografía Urbana. *Girona: Asociación de Geógrafos de España, Universitat de Girona*.

- Gutiérrez González, M. J. (2011). Cartografía Russafa. Mapa relacional de identidades urbanas. *Trabajo Final de Máster*. Universidad Politécnica de Valencia.

- Hernández i Martí, G. M., y Torres Pérez, F. (2013). El impacto de la Valencia glocalizada en el Centro Histórico popular. En *La ciudad pervertida: una mirada sobre la Valencia global* (pp. 19-40).

- IVAM (10/02/2016) El “Mapa de Valencia” de Rogelio López Cuenca ya está en la red. Recuperado 22/04/2024 en <https://ivam.es/es/noticias/el-mapa-de-valencia-de-rogelio-lopez-cuenca-ya-esta-en-la-red/>

- Koolhaas, R. (2006). *La ciudad genérica*. Editorial G.G.

- Lefebvre, H. (1979). *El derecho a la ciudad*. Ediciones Península.
- Left Hand Rotation (2012). Gentrificación no es un nombre de señora. Recuperado 22/04/2024 en <https://www.lefthandrotation.com/gentrificacion/valencia.html>
- Llorca Ponce, A., y Fernández Durán, L. (2017). Transformaciones socio-espaciales en el barrio de Russafa. Efectos de la gentrificación. En *Comercio Internacional: Una perspectiva regional*. Universidad Pablo de Olavide.
- López Cuenca, R. (2016). Mapa de Valencia / Polivalencias. Recuperado 22/04/2024 en <https://mapadevalencia.lopezcuenca.com/>
- Marcuse, P. (2011). ¿ Qué derecho para qué ciudad en Lefebvre?/What right to what city in Lefebvre?. *Urban*, (02), 17-21.
- Martínez Arroyo, E. y Domenech Ibañez, M. (2015): “Cabanyal Portes Obertes, un proyecto de intervenciones artísticas, política y urbanismo”. Disponible en: <https://espai214.org/emiliomartinez/personal/textos/Cabanyal%20Portes%20es%20un%20proyecto%20de%20intervenciones%20art%C3%ADsticas%20e.pdf>
- Martínez Arroyo, E. (2016). *Cabanyal Portes Obertes, se acabó ¿y ahora qué? Prácticas artísticas políticas y colaborativas en la ciudad*. *Kultur: revista interdisciplinària sobre la cultura de la ciutat*, 3(5), 143-154.
- Miquel Bartual, M. (2016). La manzana perdida de Russafa: estrategias de autogestión frente a procesos de gentrificación. *Kultur*, 3(5), 155-176.
- Mumford, L. (1966). *La ciudad en la historia. Sus orígenes, transformaciones y perspectivas*. Ediciones Infinito.
- Nel-lo, O., y Donat, C. (2023). Segregación residencial y recursos locales en el área urbana de Valencia: la necesidad de gobernanza metropolitana. *Cuadernos de geografía*, (110), 289-312.
- Obrador, J.L. (15/01/2024). Valencia culminará este año el proyecto para que el Jardín del Turia llegue hasta el mar. *20 minutos*. Disponible en: <https://www.20minutos.es/noticia/5208594/0/valencia-culminara-este-ano-proyecto-para-que-jardin-turia-llegue-hasta-mar/>
- Palero, J. S. (2016). El derecho a la ciudad, según Henri Lefebvre: del libro al movimiento. *Revista Vivienda y Ciudad*, 3, pp. 85-92.

- Piñeiro, J (2024). *Surveilled City*. ShortPAM!. Universidad Politécnica de Valencia.
- Real Academia Española: *Diccionario de la lengua española*, 23.^a ed., [versión 23.7 en línea]. <<https://dle.rae.es>> [10 de febrero de 2024].
- Reguillo, R. (1998). Imaginarios globales, miedos locales. La construcción social del miedo en la ciudad. *IV Encuentro de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación*.
- Remón García, I. (2023). *Una casa són 4 parets. Intervención artística contra la gentrificación en el Cabanyal* (Trabajo de Fin de Grado). Universidad Politécnica de Valencia.
- Rodríguez Chumillas, Isabel (2005). “¿‘Privatopía’ versus ciudad pública? La materialización del miedo en el espacio urbano”, en: Gutiérrez, Abdúlia (coord.), *La ciudad y el miedo. VII Coloquio de Geografía Urbana*. Girona (España): Universitat de Girona.
- Sánchez, G. (27/01/2024). Los 300 migrantes que viven bajo los puentes del río recogen naranjas por dos euros la hora. *Levante. El Mercantil valenciano*. Disponible en: <https://www.levante-emv.com/comunitat-valenciana/2024/01/17/300-migrantes-viven-puentes-rio-96965714.html>
- Santamarina, B. (2014): «La Ciudad suplantada. Percepciones sobre los nuevos imagi-narios (turísticos) de la ciudad de Valencia», PASOS. Revista de Turismo y Patrimonio Cultural, 12 (4), 707-718.
- Santamarina, B., y Moncusí Ferre, A. (2013): «De huertas y barracas a galaxias faraó-nicas. Percepciones sociales sobre la mutación de la ciudad de Valencia», Papers: Revista de Sociologia, 98 (2), 365-391.
- Sanz Fuentes, A. (2021). Ciudades con muros invisibles:(in) seguridad, cámaras de videovigilancia y exclusión social. *Encrucijadas: Revista Crítica de Ciencias Sociales*, 21(1), 13.
- Secchi, B. (2015), *La ciudad de los ricos y la ciudad de los pobres*. La Catarata.
- Sgaramella, C. (2021). *Hacia un enfoque ecosocial. Prácticas colaborativas, ecología y compromiso político en el arte actual (1995-2020)* (Tesis Doctoral). Universitat Politècnica de València.

- Taylor Noguera, A. (2023). Valencia ciudad contemporánea y sostenible. *AYLLU-SIAF. Revista de la Sociedad Iberoamericana de Antropología Filosófica (SIAF)*, 5(1), 113-134.
- Tomé Fernández, S. (2005). “Los miedos en la ciudad”, en: Gutiérrez, Abdúlia (coord.), *La ciudad y el miedo. VII Coloquio de Geografía Urbana*. Girona (España): Universitat de Girona.
- Torres Pérez, F., y García Pilán, P. (2013). La ciudad fragmentada. Análisis comparativos de cuatro barrios emblemáticos. En *La ciudad pervertida: una mirada sobre la Valencia global* (pp. 191-211).
- Torres Pérez, F., Moncusí Ferre, A., Monsell, M., y Pérez, Y. (2016). El vecindario romá, gitanos rumanos, y los inmigrantes que ejercen de aparcacoches en Valencia. *Valencia: Ayuntamiento de Valencia*. Recuperado en http://jornadadeinmigracionyempleovalencia.com/documentos/roma_i_aparcacotxes.pdf on Nov, 20, 2016.
- Vigará, J.M. (15/01/2024). El ayuntamiento construirá estanques bajo los puentes para evitar asentamientos. *Levante. El Mercantil Valenciano*. Disponible en: <https://www.levante-emv.com/valencia/2024/01/15/ayuntamiento-construira-estanques-puentes-evitar-96925151.html>
- Villalba González, C. (2012). *Barrio del Carmen: evolución desde un prisma urbano y normativo*. (Trabajo Final de Grado). Universidad Politécnica de Valencia.
- Villar Lama, A., y García Martín, M. (2016). Ciudad segregada en España: urbanizaciones cerradas en Valencia y Sevilla. *Revista Invi*, 31(86), 145-177.
- Wacquant, L. (2001). Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio. *Bs. As., Manantial*.

9. ÍNDICE DE IMÁGENES.

Imagen 1:

Gutiérrez González, M.J. (2011). *Cartografía Russafa. Mapa relacional de identidades urbanas. 7 calles, 7 lugares, 7 respuestas*. [Captura de vídeo]. En <https://cartografiarussafa.wordpress.com/>

Imagen 2:

Encajes Urbanos, (2015). [Fotografía aérea de la manzana perdida de Russafa]. En <https://encajesurbanos.wordpress.com/2015/11/17/la-manzana-perdida-de-russafa/>

Imagen 3:

Crespo Ruiz, M.D. (2023) *Crevette Pistolet* [Fotografía]. En Calle Baja, Valencia, España.

Imagen 4:

Cuéllar, M. (2017). *Prevención de plagas* [Fotografía]. En <https://elasombrario.publico.es/escif-turistas-control-plagas-valencia/>

Imagen 5:

Veïnat en Perill d'Extinció (2018) [Cartel contra la turistificación del barrio de El Carmen, Valencia] [Fotografía] En <https://amicsdelcarme.com/veinat-en-perill-dextincio-i-el-pla-especial-de-proteccio-de-ciutat-vella/>

Imagen 6:

La Caixeta (2020). *Façana del BSOA Ca La Caixeta. C/De Caixers*. [Fotografía]. En <https://bsoacalacaixeta.wordpress.com>

Imagen 7:

Focus, (2022). [Imagen del logo de Caixa Bank con el edificio del Ágora al fondo] [Fotografía]. En <https://www.focus.cat/es/inauguracion-del-caixaforum-valencia/>

Imagen 8:

Club Bale (s.f.). [Imagen de la discoteca en el interior del edificio Umbracle de Valencia] [Fotografía] En <https://www.clubbable.com/es-es/Valencia/L%27Umbracle>

Imagen 9:

Fotocasa (s.f.). [Imagen de la entrada de seguridad a urbanización privada de Cruz de Gracia en Paterna-Godella, Valencia] [Fotografía]. En <https://www.fotocasa.es/es/comprar/terreno/godella/nueva-santa-barbara-cruz-de-gracia/176651016/d?from=list>

Imagen 10:

Asociación de vecinos de Nazaret (s.f.) *Postal de Natzaret dels anys 60*. [Fotografía] En Colección de H. Bonet.

Imagen 11:

Asociación de vecinos de Nazaret (s.f.). [*Playa de Nazaret en los años 70*] [Fotografía de archivo] En <https://benimartcom.wordpress.com/la-playa-de-nazaret/>

Imagen 12:

Asociación de vecinos de Nazaret (s.f.). [Vista satélite de las infraestructuras que rodean al barrio de Nazaret vía Google Maps] [Fotografía] En <https://benimartcom.wordpress.com/la-playa-de-nazaret/>

Imagen 13:

Navarro Castelló, C. (2021). *Proyección de la futura terminal de contenedores en el Puerto de València* [Imagen digital] En https://www.eldiario.es/comunitat-valenciana/val/mega-ampliacion-puerto-valencia-plena-emergencia-climatica_1_7831005.html

Imagen 14:

Nora Rubio, J.C. (2024). [*Vista del muro de hormigón con grúas portuarias al fondo en La Punta, Valencia*] [Fotografía]. En La Punta, Valencia, España.

Imagen 15:

Florín, A. (2017). *Mala Punta nunca muere* [Fotografía]. En <https://anaisflorin.com/lhorta-ni-oblit-ni-perdo>

Imagen 16:

Cooper, M. (2018). [Mural del artista Blu para Sensemurs 2018] [Fotografía]. En <https://www.brooklynstreetart.com/2018/04/05/escif-blu-sam3-more-join-sensemurs-as-activists-protecting-la-punta/>

Imagen 17:

Cooper, M. (2018). [Mural de la artista Hyuro para Sensemurs 2018] [Fotografía]. En <https://www.brooklynstreetart.com/2018/04/05/escif-blu-sam3-more-join-sensemurs-as-activists-protecting-la-punta/>

Imagen 18:

Cooper, M. (2018). [Mural del artista Elías Taño para Sensemurs 2018] [Fotografía]. En <https://www.brooklynstreetart.com/2018/04/05/escif-blu-sam3-more-join-sensemurs-as-activists-protecting-la-punta/>

Imagen 19:

Sensemurs, (2022). [*Mural para Sensemurs 2022*] [Fotografía]. En <https://sensemursvlc.noblogs.org/>

Imagen 20:

Sensemurs (2022). [*Mural del artista Roc Blackblock para Sensemurs 2022*] [Fotografía]. En <https://sensemursvlc.noblogs.org/>

Imagen 21:

Sensemurs, (2022). [*Mural para Sensemurs 2022*] [Fotografía]. En <https://sensemursvlc.noblogs.org/>

Imagen 22:

Sensemurs, (2022). [*Mural para Sensemurs 2022*] [Fotografía]. En <https://sensemursvlc.noblogs.org/>

Imagen 23:

Desfilis, C. (2019). [*Vista satélite vía Google Maps del tramo de ampliación de la Avenida Blasco Ibáñez*] [Imagen digital] En https://www.valenciaextra.com/es/valencia/la-policia-recupera-viviendas-ocupadas-de-la-compra-masiva-de-rita-barbera_186283_102.html

Imagen 24:

Cabanyal Portes Obertes (2014). [*Imagen de la exposición en el interior de una casa*] [Fotografía]. En https://www.cabanyalarchivovivo.es/cabanyalportesobertes/wp-content/uploads/2020/04/10987659_1549718808615804_6499437363873507352_n_1549718808615804.jpg

Imagen 25:

Remón, I. (2023). *Progrés*. En *Una casa són 4 Paret*. [Fotografía]. En <https://riunet.upv.es/bitstream/handle/10251/195044/Remon%20-%20Una%20casa%20son%204%20parets%20Intervencion%20artistica%20contra%20la%20gentrificacion%20en%20el%20Cabanyal.pdf?sequence=2>

